

MESTRADO EN POLÍTICAS SOCIAIS E
INTERVENCIÓN SOCIOCOMUNITARIA
TRABALLO DE FIN DE MESTRADO

2023 – 2024

FEBRERO



**BATALLAR LA INCOMODIDAD: EMOCIONES EN LA MASCULINIDAD Y
PAUTAS PARA UNA INTERVENCIÓN EDUCATIVA EN ADULTOS**

—

BATALLAR A INCOMODIDADE: EMOCIÓNS NA MASCULINIDADE E PAUTAS
PARA UNHA INTERVENCIÓN EDUCATIVA EN ADULTOS

BATTLING DISCOMFORT: EMOTIONS IN MASCULINITY AND GUIDELINES FOR
AN ADULT EDUCATIONAL INTERVENTION



AUTOR: ÓSCAR RICO MILLA
DIRECTORA: RENÉE DEPALMA UNGARO

Resumen

La problemática que afronta la masculinidad alrededor de las emociones es de apremiante necesidad y requiere de mayor intervención. Para ello, en esta investigación se han planteado dos objetivos generales, uno analítico, para comprender esa vivencia masculina emocional, y otro práctico, en pos de caminar, participativamente, hacia unas más sanas masculinidades. A fin de conseguirlo, se han llevado a cabo dos grupos de discusión, con hombres heterosexuales y no heterosexuales, y se ha recurrido a entrevistas a profesionales en el campo para arrojar luz hacia el diseño de una intervención. La literatura recogida ha servido para hacer un recorrido paralelo en las vivencias de los participantes, culminando en la visión del cambio y como aplicarlo, apuntes que, junto a la visión experta de los entrevistados, han sido de mucha utilidad a la hora de responder con una devolución creativa en forma de pautas para una intervención.

Palabras clave: masculinidad hegemónica, emociones, masculinidades, educación emocional

Resumo

A problemática que afronta a masculinidade ao redor das emocións é de urxente necesidade e require de maior intervención. Para iso, nesta investigación expuxéronse dous obxectivos xerais, un analítico, para comprender esa vivencia masculina emocional, e outro práctico, con intención de camiñar, de forma participativa, cara a unhas máis sas masculinidades. A fin de conseguilo, leváronse a cabo dous grupos de discusión, con homes heterosexuais e non heterosexuais, e recorreuse a entrevistas a profesionais no campo para lanzar luz cara ao deseño dunha intervención. A literatura recollida ha servido para facer un percorrido paralelo nas vivencias dos participantes, culminando na visión do cambio e como aplicalo, apuntamentos que, xunto á visión experta dos entrevistados, foron de moita utilidade á hora de responder cunha devolución creativa en forma de pautas para unha intervención.

Palabras chave: masculinidade hexemónica, emocións, masculinidades, educación emocional

Abstract

The problematic faced by masculinity around emotions is of urgent necessity and requires greater intervention. To this end, this research has two general objectives: an analytical one, to understand this emotional masculine experience, and a practical one, in an attempt to move, in a participatory way, towards healthier masculinities. In order to achieve this, two focus groups were carried out with heterosexual and non-heterosexual men, and interviews with professionals in the field were used to shed light on the design of an intervention. The literature collected has served to make a parallel journey in the experiences of the participants, culminating in the vision of change and how to apply it, observations that, together with the expert vision of the interviewees, have been very useful when responding with a creative return in the form of guidelines for an intervention.

Keywords: hegemonic masculinity, emotions, masculinities, emotional education

Índice

1. Introducción	3
2. Marco Teórico	4
2.1. Construcción De Nuestra Masculinidad Hegemónica	6
2.1.1. <i>Los Múltiples Manuales De Cómo Ser Un Hombre</i>	6
2.1.2. <i>Diferenciación Y Huida De La Femenidad</i>	8
2.1.3. <i>Los Costes De La Masculinidad Hegemónica</i>	9
2.2. Construcción De La Emocionalidad Masculina: Un Hombre Que No Lloro	9
2.2.1. <i>Binomio Emoción-Razón</i>	10
2.2.2. <i>Socialización En Las Emociones</i>	11
2.2.3. <i>Consecuencias De Esa Construcción Emocional: Escape Del Dolor</i>	14
2.3. Otras Masculinidades y Sus Posibilidades	18
3. Metodología	21
3.1. Fase De Diagnóstico	21
3.2. Fase De Devolución Creativa	23
3.3. Análisis	24
4. Análisis y Discusión De Resultados	24
4.1. Concepción De Una Masculinidad Obligada	25
4.2. Comparativa Entre La Hegemonía Y La Propia Masculinidad	30
4.3. Trabajo De Valoración: Costes Y Ganancias De La Hegemonía	34
4.4. Percepción De La Diferencia Emocional En El Género Femenino	37
4.5. Experiencia Y Gestión Emocional	40
4.6. Socialización Emocional	46
4.7. Hacia El Cambio	50
5. Pautas Para Una Intervención Educativa En Adultos	53
5.1. Con Quién y Dónde	54
5.2. Contenido y Forma	55
5.3. Cuestiones Metodológicas	57
6. Conclusiones	58
7. Bibliografía	62
8. Anexos	67
Anexo I: Documento de Consentimiento	67
Anexo III: Guión Entrevista a Profesional	70
Anexo IV: Tabla de Categorización	71

1. Introducción

No solo desde la literatura académica, sino también desde la sapiencia popular, se sabe que la masculinidad hegemónica (Connell, 2015) no casa bien con las emociones, y si bien no hablamos de una, sino de múltiples masculinidades, el poder que ejerce esta primera procura establecer ese mandato represivo en una gran mayoría masculina. Mi quehacer académico y personal me orienta ya no sólo hacia la exploración de esa realidad emocional, sino hacia la búsqueda de una forma de contribuir a la mejora de esa realidad.

Para lograr eso, a este trabajo le guían dos **objetivos generales (OG)**, que asimismo dividen el proyecto en diagnóstico y devolución creativa, y a su vez, son desgranados en una serie de **objetivos específicos**:

OG1. *Analizar la realidad emocional en la(s) masculinidad(es) de las identidades participantes.*

- Explorar la construcción de la masculinidad de los integrantes y evaluar hasta qué punto se acerca a los elementos de la masculinidad hegemónica sobre la cuestión emocional.
- Indagar sobre la socialización de género en su experiencia vital y cómo siguen ‘haciendo su masculinidad’¹ en la actualidad.
- Comprobar si existe conformidad o incomodidad con respecto a esa construcción.

OG2. *Proponer de forma participativa una devolución creativa que pueda acercar las emociones a las masculinidades.*

- Recoger las opiniones/ideas de los participantes en cuanto al diseño de una intervención.
- Acudir a profesionales en la materia que arrojen mayor perspectiva en cuanto al diseño de una intervención.

La condensada información que contiene el marco teórico a continuación nos aportará la base para la extracción de vivencias y para el profundo análisis, que junto a las aportaciones de los participantes y profesionales serán clave para la devolución creativa, que en este caso tomará forma de guía de pautas.

¹ Refiere a la expresión ‘doing gender’, usada y acuñada por West y Zimmerman (1987) en su artículo *Doing Gender* que refiere al género como un constructo social dinámico y en constante cambio por las interacciones sociales cotidianas.

2. Marco Teórico

Adentrarnos en un tema tan delicado como llega a ser la construcción de la masculinidad –masculinidades, como veremos más adelante– o más si cabe, su intersección con las emociones, requiere que previamente asentemos algunas nociones en cuanto al género, la identidad y la personalidad. Bien sabemos desde las ciencias sociales que cuando hablamos de género, hablamos de un ejemplo de la construcción social de la realidad a la que refieren Berger y Luckmann (2001), es decir, identificamos al género como un constructo que socializa y sitúa al sexo (Otegui, 1999) para organizar u ordenar nuestra vivencia en sociedad. En este sentido, se entiende éste como una categoría que ordena la práctica social (Connell, 2015), así como también nuestra experiencia individual, ya que socialmente interviene en nuestra psique y desarrollo, y por ende define en gran parte nuestra personalidad e identidad, desarrollando un ego distintivo específico (Kaufman, 1997).

Este proceso por el cual el género es incorporado a nuestras identidades, conocido como *gender work* (Kaufman, 1997), ‘proyecto de género’ (Connell, 2015), o de forma más general como socialización de género, permite que lo psicológico y lo social trabajen de la mano. Desde la psicología, es Freud y aquellos que siguieron su doctrina los que nos dan los primeros atisbos de una teoría sobre la formación de la psique genérica y su relación con la reproducción social. Connell (2015) indica como el fundador del psicoanálisis, en sus diversas etapas intelectuales, indirectamente nos desvela sus aportes de la masculinidad y del género: este autor entendió la naturaleza cambiante de la sexualidad y el género, nos aportó ideas sobre la socialización temprana de la masculinidad a través de sus argumentos sobre el “complejo de Edipo” y etapas previas, y también nos habló, a través del superyó, de la internalización de las prohibiciones generizadas y su relación con la cultura; todo ello supuso “el germen de una teoría de la organización patriarcal de la cultura transmitida por generaciones a través de la construcción de la masculinidad” (Connell, 2015, p. 37), testigo que recogieron algunos de sus seguidores. Desde lo social, Kaufman, entre otros autores/as como Connell (2015), Bonino (2002) y sobre todo West y Zimmerman (1987) con su término *doing gender*, no se alejan demasiado de Freud, y nos hablan de este proceso como algo dinámico y permanentemente mutable en el que se nos genera en una interacción constante con las dinámicas de poder, principalmente patriarcales, mas no exclusivamente. El concepto de masculinidad –junto a su contraparte en el binarismo, la feminidad–, es entendido como la agrupación de significados que ese proceso nos proporciona en cuanto a nuestra identidad genérica, teniendo efectos en nuestra personalidad, en nuestra corporalidad y, de forma recíproca, en la cultura.

Si bien parece claro que la masculinidad es un constructo social, existe, no obstante, una consideración general de ella en términos conductuales e individuales que limita gravemente su entendimiento. No podemos eludir su existencia en el plano social así como tampoco, más si cabe, su relación con la feminidad; es por ello que Connell (2015) opta por enfoques semióticos para explorar este concepto, entendiendo que la masculinidad solo existe en tanto que forma parte de un sistema relacional de género. Esta autora también entiende que este enfoque posee una visión un tanto limitada, pues solo puede dar cuenta de ese principio de conexión, es por ello que en el cuerpo teórico de las ciencias sociales sobre masculinidades existen acercamientos hacia otras perspectivas, como bien pueden ser las normativas-esencialistas, a las que más adelante visitaremos. Con todo, Connell, a través de este enfoque, alude no sólo a la diferenciación de la masculinidad con respecto de la feminidad, sino que, en base a diferentes dinámicas de poder entrecruzadas con el género –principalmente raza y clase–, refiere a la existencia de múltiples masculinidades. He aquí donde alerta sobre una posible simplificación de este reconocimiento de la multiplicidad con el básico error de sumar categorías (Kaufman, 1997), y con ello guía esta distinción volviendo a incidir en un enfoque relacional con base en el poder, en el que nos habla de cuatro relaciones que se establecen entre las masculinidades: hegemonía, complicidad, subordinación y marginación.

La masculinidad que asume la hegemonía según la definición que propuso Gramsci, acuñada por Connell (2015) como *masculinidad hegemónica*, es definida por esta autora como ese conjunto de significados sobre el ser hombre que los hombres en el poder consiguen establecer e imponer como la norma, y que se asumen como tal, dando lugar a su legitimación. Esta específica construcción de masculinidad requiere la otredad como contraposición necesaria para su formación, ya no solo con respecto a la feminidad y a la mujer, sino en este caso con otras masculinidades y hombres, de ahí el surgimiento de las otras configuraciones que se llegan a encarnar. La complicidad, por su parte, refiere a aquellas identidades que si bien no alcanzan ese casi imposible objetivo que marca la masculinidad hegemónica, la defienden y actúan de cómplices en cuanto a su influencia y poder. Las otras masculinidades o masculinidades otras, que adoptan relaciones de subordinación y marginación, son aquellas que se construyen o son obligadas a construirse, como indica su nombre, en la otredad, lo que explicita esa lógica de la identidad-diferencia (Cabezas y Berná, 2013) que se encuentra en el mismo núcleo de las masculinidades.

Nos adentramos de forma seguida en la construcción específica de esa masculinidad en el poder para posteriormente poder hilar con ese cruce con las emociones. Para ver esa construcción no abandonaremos esa perspectiva semiótica que nos proporcionaba Connell

(2015), pero si acudiremos a las otras perspectivas en pos de conseguir más detalle acerca de los rasgos definitorios de esta impuesta masculinidad.

2.1. Construcción De Nuestra Masculinidad Hegemónica

Connell (2015), acuñadora del concepto de ‘masculinidad hegemónica’, y autores como Kaufman (1997), entre otros, nos hablan de la definición de la masculinidad desde ese sistema de relaciones de poder, rechazando así la noción de roles sexuales por su limitada capacidad explicativa. Con este rechazo, también pasan por alto o desestiman otros enfoques, como es el normativo. Estoy de acuerdo en que no podemos basar la definición de un término complejo como ‘la masculinidad’ en una serie de normas, prescripciones y proscipciones, pues ataría a este término a unos limitados significados, no obstante, creo que estas definiciones son tremendamente útiles, y así lo demuestra la literatura al respecto, para entender cómo se construye, vive y reproduce esta identidad específica dentro de las masculinidades. Por ende, recurriremos a algunos autores que observan como la masculinidad, en ocasiones, se asemeja a un manual de comportamiento.

2.1.1. Los Múltiples Manuales De Cómo Ser Un Hombre

En el repertorio normativo que nos ofrecen algunos de los autores sobre la imposición de la masculinidad, encontramos diversos ‘códigos de conducta’ o patrones que varían entre sí, no obstante, a su vez se complementan. Entre sus posibles denominaciones, probablemente una de las mejores formas de conceptualizarlo es a través del término ‘mandatos’, como así hace Ramírez Rodríguez (2020b). Este término nos permite entender que estas prescripciones sobre el hombre no son meras guías, sino que actúan desde la obligación, una obligación que se ha naturalizado.

Hay repertorios de mandatos que relatan formas más genéricas de la imposición, como bien sería el expresado por Salguero (2002, 2008, como se citó en Salguero, 2018), que recoge los siguientes mandatos: *el poder y autoridad*, expresando esta preparación para una sociedad en la que se espera que mandemos; *el desempeño sexual*, reflejando la centralidad en la genitalidad; *el éxito profesional y laboral*, vertebra del papel asignado al hombre en la división sexual del trabajo; y *la ausencia de emociones y sentimientos*, fuente de sufrimiento que ya nos adelanta esa construcción de la emocionalidad masculina. Una forma más específicamente conductual nos lleva a la psicología con uno de los repertorios más referenciados, el de Robert Brannon (1976, como se citó en Gough, 2018); este autor nos trae estos mandatos en forma de cuatro frases que contienen gran significado en el moldeo masculino y que hablan por sí mismas: *No Sissy Stuff* (Nada de Cosas de Mujeres), *Be a Big Wheel* (Sé el Timón), *Be a sturdy*

Oak (Sé Fuerte/Resistente como un Roble), y *Give'em Hell* (Mándalos al Infierno/Hazles Sufrir). Asimismo, tenemos otro repertorio en el que Bonino (2002), teniendo en cuenta el anterior de Brannon, ofrece un despliegue más detallado de lo que él opta por nombrar 'creencias'. Este autor hace una diferenciación entre creencias matrices y creencias existenciales, de entre las cuales, son las primeras aquellas que más se asemejan a lo que los demás autores han teorizado, pues las define como aquellas que "indican que el logro de dicha identidad –masculinidad hegemónica– se asienta en la posesión de determinadas cualidades básicas, a las que se llega por el cumplimiento de determinados mandatos básicos prescriptivos y proscriptivos específicos" (Bonino, 2002, p. 15). En estas creencias, volvemos a encontrar cuatro mandatos cuya funcionalidad es descriptiva a la par que normativa: *autosuficiencia prestigiosa*, *heroicidad belicosa*, *respeto a la jerarquía*, y *superioridad sobre las mujeres (y lo femenino) y la diferenciación de ell@s*. La primera creencia, la *autosuficiencia prestigiosa*, nos habla del hombre como autosuficiente y eficaz, y por ende independiente y poseedor de destreza, o dicho de otra manera, aislado y autoexigente. La segunda, la *heroicidad belicosa*, exige y convierte al hombre en un guerrero valeroso cuya visión de los demás tiende a la competitividad y a la enemistad, criando una identidad defensiva y desconfiada que recela del contacto con los demás. La tercera de las creencias, *el respeto a la jerarquía*, refuerza la jerarquía en el sentido de legitimar el poder y hegemonía de los poderosos, y a su vez, justificar a los ojos del hombre el ser sometido por otros –semejante a la complicidad de la que nos habla Connell–. Con la cuarta creencia, *la superioridad sobre las mujeres (y lo femenino) y la diferenciación de ell@s*, se complementa esa jerarquía y se construye una identidad no-femenina, una identidad negativa, donde ser hombre es ser más y opuesto a las mujeres.

Todos estos repertorios contribuyen a formar una imagen fidedigna de este manual o código de conducta que supone la masculinidad hegemónica, dictando como el hombre debe formarse a través de una serie de elementos constitutivos. En rasgos generales, podemos decir que en palabras del poder, el hombre debe: primeramente y de forma central, asimilar y habitar ese poder, elemento que le hará situarse de forma jerarquizada en la sociedad donde actuará de jefe y guía sobre los demás. Seguidamente, relacionado con el poder, otro de estos elementos es el éxito y el prestigio como objetivos vitales, en cuya búsqueda caerá una obligación de autosuficiencia e independencia, derivando en el aislamiento. En la búsqueda de esos objetivos vitales, el hombre es instado a la osadía y al uso de la agresividad como herramientas para conseguir sus propósitos. Sumándole que, en contraposición, se le exige absoluta resistencia, y por tanto no se le permiten muestras de vulnerabilidad. Por último, y más importante, el hombre es en tanto que no es mujer, por lo que la masculinidad huye de la feminidad como

rasgo constitutivo principal. Esta imagen global de la masculinidad en el poder ya deja relucir algunos aspectos que enraízan con la construcción y vivencia de las emociones en los hombres, como son el aislamiento y la invulnerabilidad, será en el siguiente apartado donde recuperaremos estos elementos para dar sentido a esa creencia/mandato del hombre no emocional.

2.1.2. Diferenciación Y Huida De La Femenidad

Si bien cada uno de esos mandatos representa una pieza del necesario puzzle para armar la masculinidad hegemónica, desde el corpus teórico se tiene uno de ellos en especial consideración. Para abordar este elemento retornamos al enfoque semiótico por el que optaría Connell y hablamos de esa diferenciación de la feminidad como principio estructurador y principal de esta identidad. Empezamos por Connell (2015) cuando desde su sistema relacional de género expresa la contraposición que existe entre la masculinidad y la feminidad, sin embargo, eso no es suficiente para explicar todo el trasfondo que este mandato posee. Es con Kimmel (1997) con quien conseguimos acercarnos más al punto esencial de este mandato que destaca esta diferenciación como una huida de la feminidad, siguiendo esa lógica de la identidad-diferencia de la que hablábamos; por tanto, automáticamente el ser masculino rechazará todas las características que el sistema de género haya identificado como característicamente femeninas, es lo que Badinter (1993) denomina ‘pruebas negativas de la masculinidad’. Este rechazo es lo que lleva a esta última autora a considerar esta masculinidad hegemónica como una identidad negativa, en la que el sujeto “deberá convencerse y convencer a los demás de tres cosas: que no es una mujer, que no es un bebé y que no es homosexual” (Badinter, 1993, p.51). Un aspecto a destacar con respecto a lo que expresa Badinter es el “convencer a los demás”, pues esta tarea, si cabe, será más importante que el propio autoconvencimiento, haciendo de la masculinidad un proceso de validación homosocial (Kimmel, 1997). Entender la masculinidad como validación homosocial significa que esta depende de la aprobación de nuestros iguales, a saber, de otros hombres, que actuarán de ‘policías del género’. Siguiendo esa misma frase de Badinter esa prueba de nuestra hombría se hace escapando no solo de la feminidad, sino a su vez de la homosexualidad, identidad situada en la liminalidad entre las hegemonías masculina y femenina. Con esta doble huida se marca el carácter cisheterosexista que contiene esta masculinidad hegemónica, en la que su principio estructurador realmente sería la diferenciación y oposición de identidades femeninas o feminizadas.

2.1.3. Los Costes De La Masculinidad Hegemónica

La vivencia en esta masculinidad es sin duda, así como hemos visto, un garante de poder y privilegios para los hombres que la encarnan, sin embargo, si ahondamos nuestra mirada en esa vivencia encontraremos que “existe en la vida de los hombres una extraña combinación de poder y privilegios, dolor y carencia de poder” (Kaufman, 1997, p.63). La literatura acerca de las masculinidades, sobre todo aquellas que hablan de esta masculinidad hegemónica, aborda repetidas veces lo que se ha acordado en denominar los ‘costes de la masculinidad’ (Messner, 1997, como se citó en de Boise & Hearn, 2017), refiriendo a las consecuencias negativas que la construcción de esta masculinidad confiere a los socializados en ella. Los movimientos feministas, entre otros movimientos sociales, han trabajado incansablemente para que la balanza que otorgaba más peso al poder y privilegios que al dolor y a la carencia se haya desequilibrado y que ahora no sea posible nublar ese dolor que conlleva el poder, dejando a la vista estos costes en la vida de muchos hombres (Kaufman, 1997), lo que para muchas y muchos activistas, supone la caída de venda necesaria, y primer paso, para un posible cambio. Si bien la lista se extiende por una diversidad de consecuencias cuando hablamos de esta construcción, hay un tema central que agrupa gran parte de ellas, y es el que planteamos en este trabajo como nuestro objeto de estudio: las emociones. Hemos visto en este apartado los diferentes elementos que forman parte de la construcción de la masculinidad en el poder, viendo como algunos de ellos ya dejaban atisbar estos costes, con la construcción de la emocionalidad masculina profundizaremos en ellos y en como las emociones se revelan tan importantes en la vida de los hombres, aunque sea a través de su “ausencia”.

2.2. Construcción De La Emocionalidad Masculina: Un Hombre Que No Lloro

Los costes de la masculinidad tienen su clave en que la suya no es una simple existencia conjunta con el poder de la masculinidad, sino que existe entre ellos una estrecha relación, en lo que Kaufman acierta en denominar la experiencia contradictoria del poder (Kaufman, 1997). Este autor nos habla de estos costes como el precio asociado a la masculinidad hegemónica, y asimismo nos ilustra de su relación directa con las emociones. Como advertíamos, los mismos mandatos, creencias o imposiciones que forman los pilares básicos de la masculinidad ya revelan esa costosa vivencia, y aquí en relación a las emociones sacaremos a relucir algunos de ellos.

Este último autor nos habla de la restricción emocional como un requisito fundamental para conservar el control sobre los demás y sobre nosotros mismos, aludiendo a esa socialización en el poder; ese forzado autocontrol asimismo tiene vínculos en una de las

emociones que irónicamente forma parte de la columna vertebral del hombre: el miedo. Este miedo se revela como el mecanismo que permite al hombre autocontrolarse ante las posibles infracciones en esa constante prueba de masculinidad (Kimmel, 1997). Otra de las características masculinas que se perciben como bivalentes es aquella creencia que Bonino (2002) denomina autosuficiencia prestigiosa. Líneas más arriba ya decíamos que a través de la independencia y destreza que exige esta creencia, se escondían el aislamiento y la autoexigencia; Kaufman (1997) pone nombre a este daño colateral y decide usar el término alienación. Con esta alienación expone un fenómeno que surge de y provoca, en una especie de retroalimentación, nuestro distanciamiento emocional, resultando en una “ignorancia de nuestras emociones, sentimientos, necesidades y de nuestro potencial para relacionarnos con el ser humano y cuidarlo” (Kaufman, 1997, p.72). Podemos estar de acuerdo en que estos elementos constitutivos de una determinada masculinidad pueden ser fuente de potencial dolor en la experiencia de ser hombre, y así lo es para muchos de ellos, sin embargo, son esos mismos mandatos los que calificarán ese dolor como inadmisibles, pues el hombre también debe perseguir la resistencia como pilar de su virilidad (*ser fuerte como un roble*), surgiendo así otra vez el miedo, en este caso a la vulnerabilidad, o cómo mejor reflejaría esa condición de validación homosocial: el miedo a ser visto como vulnerable. Por tanto, el sufrimiento que nace de esas imposiciones es enterrado, ignorado u olvidado con la intención de hacerlo desaparecer, intento que, como veremos más adelante, está lejos de tener éxito.

2.2.1. Binomio Emoción-Razón

Vistas las consecuencias de esa construcción identitaria, me pregunto: ¿Dónde está la raíz de esa restricción emocional? ¿son esos costosos mandatos algo que el hombre siempre ha tenido que cargar? Empezaremos por decir que, siguiendo la naturaleza cambiante de las construcciones sociales, esta construcción emocional no ha sido siempre así, es algo relativamente reciente (Segal, 1993), y que como pudiera verse en reflejos de la producción literaria y artística de otras épocas (Armengol, 2013), los hombres también han sabido cultivar su lado emocional, aunque fuera en períodos de tiempo específicos. Entonces, ¿a qué debemos tal retracción emocional en la masculinidad hegemónica de hace un tiempo a nuestros días? Pues aquí actúa, sobre todo, uno de esos mandatos, al que ya le hemos dado ese protagonismo que ostenta: la huida de la feminidad.

Esta oposición es central dentro de un sistema de oposiciones homólogas, en el que desde ese binomio masculino-femenino se equiparan otras categorías opuestas, que pasan entonces a agregar significado a las propias categorías de hombre y mujer o de masculino y

femenino (Bourdieu, 1998). En este sistema de oposiciones se da cabida a calificativos como arriba/bajo, duro/blando o fuera (público)/dentro (privado), oposiciones que de cierta forma acaban acoplándose y contribuyendo a la diferenciación en el sistema binario de género. Asimismo, estas categorías binarias no sólo proporcionan diferenciación, sino que a su vez permiten una jerarquización, por la que unas se sitúan por encima de otras (Artaza, 2018). Ahora, a son de lo que nos interesa, la forma en la que esa huida de la feminidad es ahora una huida de la emocionalidad es a partir de la conceptualización de uno de estos binomios jerarquizados. Este binomio, al que se refieren como ‘División Cartesiana’ (*Cartesian split*, de Boise, 2015) conecta con la racionalidad nombrada a partir del mismo filósofo, en la que se “construyó la razón y la ciencia a través de oposiciones con el mundo natural y las emociones” (Connell, 2015, p.226). La jerarquización donde las categorías hombre/masculino y razón/mente son superiores a sus oposiciones acaba por vincularlas, y así se define la masculinidad en base a la racionalidad, derivando que las emociones por su parte, a partir de ese pensamiento, devienen femeninas. La explicación se cierra volviendo al concepto de la huida de la feminidad, en virtud de la cual, la construcción masculina no acepta la emocionalidad por su carácter femenino y cartesianamente inferior.

2.2.2. Socialización En Las Emociones

Previamente, antes de explorar como la socialización de género inculca esos mandatos emocionales, quería dar cuenta de la existencia de un cuestionamiento que divide opiniones en las ciencias en cuanto al sexo y el género, y que por tanto, pone de entredicho la noción de socialización de género. Existen perspectivas que sitúan a la(s) masculinidad(es), lo que aquí hemos llamado construcciones sociales desde el primer momento, como elementos predestinados biológicamente resultado de la evolución humana (Vigil, 2009; Badinter, 1993). Desde estas perspectivas sociopsicológicas no se niega la socialización y su influencia en las identidades de género, pero se entiende al sexo como agrupador de ciertos comportamientos sexuales innatos a los que la socialización de género complementa. Con esta explicación, cercana a la epigenética², se considera que existen formas específicas y destinadas de ser hombre y mujer, en base a ciertos caminos psicosociales predeterminados, como así indica Badinter (1993) al respecto de la simbiosis madre/hijo y su “necesaria” separación. Asimismo, esta autora también refiere a las emociones y la intimidad, sobre todo el amor, como elementos centrales de esta formación de la masculinidad, por la cual la intimidad madre-hijo es necesaria

² Término acuñado en 1942 por el genetista Conrad H. Waddington para referirse al estudio de la relación entre genes y ambiente, estudio que desde una perspectiva sociológica sostendría que nuestras experiencias vitales y nuestro entorno social pueden dejar rastro en nuestro material genético y, por tanto, transmitirse.

en cierta medida, su ausencia o su exceso provocaría masculinidades igualmente nocivas. Mi intención deconstructiva y emocionalmente centrada en este proyecto indica mi desacuerdo con esa idea y con que la masculinidad pueda anclarse a herencias biológicas, ya que no existen pruebas fehacientes, o incluso existen estudios contradictorios entre sí, como así revelan algunos de los artículos de la sección de comentarios de la comunidad de pares (*Open Peer Commentary*) del artículo de Vigil (2009) o como así lo expresa Mandal (2007). Vista esta otra perspectiva, aunque algunos de sus apuntes puedan ser útiles para entender esta socialización emocional, los adoptaremos de una forma crítica y optaremos por la perspectiva construccionista como así se ha establecido desde un principio.

La socialización de género, al igual que la socialización como fenómeno de aprendizaje social general, se extiende a lo largo de toda nuestra trayectoria vital, como así lo expresan los ya mencionados conceptos de *doing gender* (West y Zimmerman, 1987) recalcando su cotidianidad o el de *gender work* (Kaufman, 1997) cuando habla de este como un proceso de re-creación activo y permanente. Con ella hablamos de tres etapas y de dos tipos de socialización: primaria y secundaria (Berger y Luckmann, 2001). La socialización primaria, primera en el desarrollo social del individuo y que se sitúa en la niñez, es la que nos indica la primera de las fases de las que hablaremos: la *distinción primaria*. En cuanto a la socialización secundaria, que ya se extiende en el resto de vida del individuo, la diferenciaremos entre aquella que se desarrolla cercana a la adolescencia, *masculinidad en el grupo de pares*, y la que se tendrá que mantener en la adultez, la *prueba constante*.

La *distinción primaria* es un suceso que comienza incluso desde antes del nacimiento del bebé, e inicia por algo tan sencillo como es la mirada de los padres. Badinter (1993) comenta que esa mirada y esa convicción del sexo de su hija/o se convierte en el diagnóstico determinante de su identidad sexual, que se irá reafirmando con los aprendizajes venideros. Ciertamente, pues como considera la autora Beatriz Schmukler (2001, como se citó en Navarro et al., 2023) los grupos familiares son los agentes socializadores más influyentes a lo largo de nuestra vida, y los principales productores de género. La familia y otros agentes encargados de nuestro cuidado y educación recurren a diferentes estrategias más o menos conscientes con las que sancionan o premian nuestros comportamientos (Ramírez Rodríguez, 2013), guiándonos hacia la forma en que un niño/hombre debe ser. Referente a las emociones, estas socializaciones emocionales diferenciadas son recibidas de forma directa e indirecta (Denham, 2007, como se citó en Berke et al., 2018); de forma directa, según la revisión bibliográfica hecha por Berke y compañeros (2018), esa diferenciada socialización consiste en que los chicos tengan menores oportunidades para expresar y habituarse a sus emociones o que cuando lo hagan, sus

sentimientos sean minimizados, devaluados o desatendidos. Indirectamente, el aprendizaje tiene sentido de imitación y asimilación, a través de las figuras masculinas al alcance o a través de los discursos que pueden llegar a captar forman un modelo a seguir que se acaba naturalizando a pronta edad, ya que esa restricción se empieza a reproducir entre los 3 y los 5 años (Halloway, 2017). Esta etapa de socialización primaria, precisamente por su carácter emocional es, como defienden Berger y Luckman (2001), la más relevante en la formación identitaria y en la construcción emocional, sin embargo, este aprendizaje no se limita a esta etapa; Kilmartin y Berkowitz (2014, como se citó en Berke et al, 2018) aluden a la combinación de esta socialización de la infancia con la influencia de factores cognitivos y experienciales, y es aquí donde entraría la socialización secundaria.

El inicio de esa socialización secundaria marcaría el inicio de la *masculinidad en el grupo de pares*, donde los aprendizajes de género y el afianzamiento de estos, recaerán principalmente en aquellos que se consideran iguales. Para definir esta etapa, recurrimos a Badinter (1993) cuando expresa que existen tres aspectos comunes en las diferentes formas de consecución de la hombría patriarcal: 1) llegar al momento vital de abandonar la infancia, para poder 2) demostrar que eres hombre a través de unas pruebas, ritos o rituales, y todo ello 3) de forma ajena a los padres. Centrándonos en la última, esta etapa cobra importancia por el papel que toman los semejantes como cómplices e instructores de esta específica forma de ser hombre, representando certeramente el carácter colectivo de la construcción de la masculinidad (Connell, 2015). Las pruebas, ritos o rituales de paso de los que nos hablan diversos autores como Badinter (1993) o Bourdieu (1998) entre otros, puede que hayan caducado como tal en la actualidad o se hayan reducido considerablemente, pero aún se conserva esa necesaria prueba ante los demás de que se pertenece a una identidad común, evidenciando esa paridad o semejanza con los demás, así lo veíamos líneas arriba con Kimmel (1997) y Badinter (1993). En esta validación homosocial, también es necesario probar la socialización emocional que se ha ido cultivando desde la primera mirada de los padres, y así lo demuestran algunos estudios empíricos. La validación homosocial, diferente a la socialización primaria, pareciera que más que educar pretende corregir, puesto que esos mandatos ya deberían haberse percibido y asimilado, por lo que estos pares adoptan el rol indicado por Kimmel (1997) de policías del género ante cualquier posible infracción. La investigación de Oransky y Marecek (2009) nos proporciona una serie de temas representativos de esta socialización emocional grupal: con el segundo tema, los autores nos dejan ver esa anterior socialización primaria que resulta en una dificultad emocional de base, dejando como única alternativa “*to keep their emotions private* (mantener las emociones en privado)” (Oransky y Marecek, 2009, p. 227); aunque la

efectividad de la socialización primaria hubiera sido menor, los temas 1, 3, 4 y 6 nos indican como la tarea educadora-correctiva sigue, en este caso a través de las burlas, las gracias, los insultos y otras muestras de ‘juego agresivo’ que buscan fortalecer y fortalecerse (tema 6), ya que esta validación homosocial no permite la muestra de vulnerabilidad (tema 1), a costa de un castigo, normalmente la burla, que amenaza la identidad grupal e individual del infractor (tema 3), y que ofrece la oportunidad de reforzar la propia masculinidad de los ‘evaluadores’ (tema 4); si bien existe esa imposición de ser fuerte, cuando existen circunstancias extremas, este grupo de pares no recurrirá al castigo/burla, no obstante no abandonarán la tarea de restricción, que como muestra el tema 5, se llevará a cabo mediante una corrección más sutil, donde tomarán protagonismo los cortes de tema, las desviaciones, las minimizaciones o las soluciones prácticas, con el objetivo último de evitar la conversación emocional y la infracción. Estos temas que extraen Oransky y Marecek hacen ver como se educa, castiga y corrige, todo en concordancia con el mantenimiento de la identidad ajena, de la propia y de la colectiva, donde las emociones son territorio femenino y feminizante, recalcando la importancia de los ejemplos negativos (Connell, 2015). Aunque lo cierto es que no podemos indicar que se les restrinja toda emoción, solo aquellas que podrían considerarse débiles o vulnerables, por lo que como indica Martínez Munguía (2013) a través de los testimonios recogidos en su investigación, los hombres no sólo aprenden a restringir esas emociones vulnerables sino que en contraparte aprenden que su única opción es gestionar y exteriorizar su mundo interior a través de una gama emocional donde se da cabida a la ira, el enfado, la agresividad, etc., y como veremos en líneas siguientes, esto traerá ciertas consecuencias.

Por último, acerca de esa *prueba constante* que definirá la identidad masculina adulta no tenemos demasiado que aportar, se definirá por un autocontrol diferente al que se pueda ver en la etapa anterior, pues mientras que el autocontrol en la adolescencia es regido por la valoración de los pares, esa policía del género, en la etapa adulta el autocontrol es personal, los mandatos y enseñanzas han calado y solidificado, y sin necesidad de la influencia externa, aunque la habrá a través de diferentes encuentros masculinos, estos hombres autorregularán sus emociones (Ramírez Rodríguez, 2020a), concluyendo que al final esa prueba constante se realiza hacia uno mismo.

2.2.3. Consecuencias De Esa Construcción Emocional: Escape Del Dolor

Cabe dejar claro, y con ello derivamos en sus consecuencias, que esa restricción emocional no suprime las emociones, por mucho que nuestra construcción identitaria así lo quiera. Turner (2011, como se citó en Ramírez Rodríguez, 2013) nos habla de esta innegable

realidad cuando, como en un símil a la energía –que ni se crea ni se destruye–, expone que de la ecuación emociones-represión solo resulta una irónica intensificación o incluso transmutación de las primeras. Nuestro intento por suprimir o esconder nuestras emociones acaba por hacernos más dependientes, les otorgamos un poder sobre nosotros del que no podemos rehuir (Kaufman, 1997). La restricción emocional y el dolor que nace de ella necesitará escapar de una forma u otra, y como veremos a continuación, estas fugas provocarán efectos nocivos en el propio hombre y en la gente que le rodea.

Podríamos empezar por hablar de cómo el aislamiento o alienación que deriva de la construcción masculina se entrecruza con esta restricción emocional, provocando consecuentemente una dificultad relacional básica en los hombres. Las capacidades de conexión y vínculo interpersonales están sesgadas por los otros elementos de la construcción masculina, conllevando relaciones con mucha menor carga emocional que la que se vive en las relaciones entre mujeres (Pease, 2012), dando cuenta de que sólo en situaciones donde se presenta un estímulo externo suficientemente fuerte es posible para los hombres conectar con las emociones (Artaza, 2018). Sandoval (2014) acude a Badinter para iluminar sobre como la necesidad de superioridad y reconocimiento de la jerarquía en la colectividad masculina obstaculiza la vinculación emocional. Según nos ilustra de nuevo Pease (2012), Seidler tendría, a raíz de su larga obra, la idea de que los hombres en realidad tenemos una falta de habilidad, más que incapacidad, de entender todo el trabajo emocional que requieren las relaciones interpersonales, a lo que me gustaría destacar, como también se ha observado en otras investigaciones (Christov-Moore et al, 2014), la diferencia que se observa en cuanto a la empatía, donde las mujeres muestran mayor capacidad empática, siendo la diferente socialización una de las explicaciones plausibles a esta característica. A su vez, Seidler también expresa que emocionalmente dependemos enormemente de las mujeres para ello. Estos dos factores colocan en los hombros de las mujeres una carga formativa, emocional e incluso psicológica que no les corresponde. Por otra parte, esta dependencia emocional para con las mujeres también funciona hacia dentro, en lo que Middleton (1992, como se citó en Pease, 2012) denomina ‘*the inward gaze*’ (mirada hacia el interior), puesto que esta inhabilidad emocional no se limita a la falta de cuidado interpersonal, sino también a la falta de cuidado propio, hasta el punto de que se haya podido teorizar acerca de una específica alexitimia³ masculina (Walton, 2007, como se citó en Pease, 2012). Esta carencia emocional, además de

³ La alexitimia podría definirse según la Asociación Americana de Psicología como “una incapacidad para expresar, describir o distinguir entre las propias emociones” (APA, 04/19/2018), y que normalmente se asocia a diversos trastornos o incluso se considera un trastorno de por sí.

dificultar una gestión y expresión sanas de las emociones, encuentra su escape en una serie de consecuencias para la salud física y mental de los hombres (Bonino, 2002; Berke et al, 2018; Emslie et al, 2006). Desde perspectivas más psicológicas se ha mostrado como la paradoja de la que habla Kaufman acerca del poder que ganan sobre nosotros las emociones, corresponde con el término *rebound effect* (efecto rebote) (Wegner et al, 1987, como se citó en Berke et al, 2018), en el que ese intento de control acaba por provocar mayor descontrol y angustia, siendo factor determinante para el surgimiento de diversas psicopatologías (Berke et al, 2018). Asimismo, esa falta de cuidado propio impide que el hombre pueda cuidar su salud y acudir a profesionales de la materia (Olavarría y Valdés, 1998, como se citó en Sandoval, 2014), lo que unido a la falta de perspectiva de género que tienen los profesionales sobre el desarrollo de las psicopatologías en la masculinidad, deja ver las carencias que el ámbito de la salud mental tiene para diagnosticar y tratar estas consecuencias (Gutmann, 1997, como se citó en Emslie et al, 2006). Los hombres quedan desprovistos de la habilidad del cuidado, propio y ajeno, lo que no les dejará otra alternativa que usar las herramientas emocionales que tienen a su alcance, la valentía vinculada al riesgo y la rabia vinculada a la violencia, las cuales, a su vez, son instauradas como esenciales para la masculinidad hegemónica, de hecho, ambas se ven reflejadas en la segunda creencia de la masculinidad hegemónica de Bonino (2002), desde la cual se exige a los hombres una heroicidad belicosa, que no es más que una valentía violenta.

En primer lugar, la valentía es un mandato cuyos daños colaterales surgen por dos causas principalmente, una se relaciona con la misma contradicción de esta inalcanzable identidad masculina, y en cuanto a la otra, surge debido a los riesgos que esa constante aspiración conlleva. Ambas, en interrelación, funcionan como una de esas válvulas de escape del dolor. La primera, que refiere a esa constante validación homosocial donde el miedo se muestra como emoción vertebral de la masculinidad, indica que el ser valiente es una característica que no siempre se puede alcanzar pero que siempre se exige; esa contradicción, en la vivencia de los hombres, es una de sus heridas emocionales e identitarias que, paradójicamente, su no cumplimiento obliga a un refuerzo de esa aspiración: *si no logras ser valiente, se aún más valiente*. Esto es así por la presión que ejercen los semejantes y el miedo al rechazo que podría ocasionar el no ser valiente, por lo que en este caso, “la llamada valentía se basa por tanto en muchas ocasiones en una especie de cobardía” (Bourdieu, 1998, p. 70). Esta herida emocional intensifica la búsqueda de esa valentía cobarde en un intento de encubrir ese miedo e inseguridad, resultando en conductas de riesgo que pueden afectar al bienestar propio o el de personas a su alrededor, donde hablaríamos del consumo de alcohol o drogas,

hipersexualidad, el no respeto a las reglas, la búsqueda de adrenalina, etc. (Bonino, 1999, como se citó en Sandoval, 2014).

En segundo lugar, de forma paralela, hablaríamos de la violencia. Este escape de dolor tiene algunas cosas en común con el anterior, pues así como con la valentía, la violencia sirve tanto para esa demostración homosocial como para el encubrimiento del miedo e inseguridad intrínsecas a la masculinidad. De nuevo Bourdieu (1998) nos brinda la conexión que los ritos de paso tienen con alguno de los elementos de la masculinidad hegemónica, en este caso, la violencia se instaura como uno de los elementos centrales por el cual, junto a la valentía, los hombres demuestran su conversión en hombre y el mantenimiento de su masculinidad. A fin de cuentas, tanto uno como otro son muestras de como la identidad se aleja de la feminidad, hallando su contraparte femenino en la vulnerabilidad (Navarro-Lashayas et al, 2023). Esta vulnerabilidad donde se permite la emocionalidad es rehuida por las identidades masculinas dejando únicamente lugar a esa restringida gama emocional que se les permite y se les alienta, donde la ira o el enfado cobran importancia por su vinculación a la fortaleza y al poder (Villacrés, 2019, como se citó en Navarro-Lashayas et al, 2023). A este respecto, Artaza (2018) en su investigación emplea un título sugerente e interesante para referir a este suceso, declarando que los hombres están “condenados a la rabia y a no poder sentirse como quisieran” (p. 32), dando a entender esa necesidad de la rabia como canalización de toda emoción que no son capaces de experimentar. Sin embargo, con ella nos topamos con una contradicción, la rabia es lo socialmente aceptado para un hombre pero a su vez es una emoción que posee una gran censura social, etiquetándola como negativa. Por ende, esta emoción acaba también restringiéndose, con la diferencia que al ser aceptada en la identidad masculina, esta no será negada y en cambio se acumulará hasta su desborde, lo que imposibilita, una vez más, que el hombre pueda entender esa parte emocional y pueda expresar esa rabia sin conflicto (Artaza, 2018), de ahí que nazca la violencia. Otros autores, como podría ser Bob Pease (2012), sostienen que no deberíamos confundir esta gama emocional agresiva con la decisión y acto de la violencia, ya que no es una causalidad directa. En el acto violento participan dinámicas de poder que constituyen el elemento esencial por el cual un hombre decide actuar violentamente y con quien (Pease, 2012). La violencia serviría como respuesta y herramienta que la masculinidad y los hombres ejercen para mantener sus diversas posiciones de privilegio (Walton et al, 2004, como se citó en Pease, 2012), entre otras, hablaríamos claramente de aquella posición más relevante, la que mantienen con respecto a la otra mitad del mundo; aunque la violencia de género revela muchos y más complejos elementos, la construcción de una emocionalidad violenta en los hombres es la permisora y causante de gran parte de las

manifestaciones violentas que se enlistan en esa problemática social. Consecuentemente, si observamos lo que nos dicen todos estos autores, determinamos que para conseguir que los hombres mantengan su dominación ha sido necesario que construyan una emocionalidad que les permita el autocontrol de su vulnerabilidad, optando así por un espectro emocional que favorece el surgimiento de la violencia, una violencia necesaria para someter a las amenazas a su privilegio.

Puede que al abanico de consecuencias de esta construcción emocional se extienda a otras muchas y variadas consecuencias, y que otras variables como la clase social, las diferencias culturales o incluso otras, tengan un papel importante a la hora de definir las formas y manifestaciones de ellas, empero aquí se ha mostrado una pincelada generalizada de aquellas que aparecen más relevantes en la literatura alcanzada, y que nos podrán servir de base para explorar los efectos que puedan haber ocasionado en las vidas de los participantes en esta investigación.

2.3. Otras Masculinidades y Sus Posibilidades

Es cierto que conocemos sobre masculinidades distintas a la hegemónica, tanto en el contexto occidental y el momento actual, como fuera de ese contexto espaciotemporal, asimismo también sabemos, que en base a otras dinámicas de poder, y siguiendo el modelo expuesto por Connell (2015), existen diferentes masculinidades hegemónicas, con mandatos dispares a los que hemos visto. No obstante, la literatura ya advertía, algunas obras y trabajos más tarde que otros, de un fenómeno que se extiende globalmente y que establece los ideales de una sociedad y contexto como el modelo universal a seguir, siendo este el modelo occidental. Este fenómeno, que no es para nada reciente, también aplica al orden de género, donde desgraciadamente se reproduce este modelo de masculinidad, tachando y reemplazando a la diversidad genérica y masculina existente en los muchos y variados contextos colonizados (Connell, 2015). De hecho, incluso con masculinidades subordinadas, como vendrían a ser las masculinidades gay, existe también una gran presión para adecuarse a la hegemonía. Este pensamiento parece contrario a lo que encontramos en las lógicas que construyen la masculinidad, por la que el hombre gay es relegado a la feminidad (Cabezas y Berná, 2013), sin embargo así es porque estos hombres, al identificarse como tal, siguen aspirando a este modelo inalcanzable, de la misma forma que ocurre con los hombres heterosexuales, pues comparten socialización. No se puede negar que la homosexualidad, entre otras diversidades, rompe con la hegemonía a través de uno de sus pilares, sin embargo, eso no obstaculiza a los hombres gay para construirse en base a los demás mandatos hegemónicos, evidenciando una

contradicción posible (Connell, 2015). Estudios como el de McMahon et al. (2020) nos abren una ventana a como la restricción emocional también puede ser adoptada por la identidad homosexual, pues nos indica desde su comprobación empírica que la orientación sexual no es tan determinante, sino que la clave radica en cómo se asume la feminidad, por lo que en base a esa idea de la ‘huida de la feminidad’, la identidad masculina, gay o heterosexual, sería más emocional en la medida en que se logre romper con la idea de la huida.

Estos puntos revelan la fuerza con la que se imponen los mandatos hegemónicos en diversas masculinidades, siendo muy difícil esquivarlos. No obstante, como veremos, no se trata de un imposible, pues existen desde hace ya décadas, y cada vez más presente, una serie de hombres que logran alejarse de la propia masculinidad hegemónica, en ocasiones a través de esa ruptura de la huida. Mediante la idea de la renuncia, Connell (2015) plasma este fenómeno por el que los hombres irán deshaciéndose de algunos de esos mandatos y emprenderán una separación de la masculinidad hegemónica, dejando lugar para el crecimiento personal en una dirección más positiva. Todo ello tiene sin duda una relación con los efectos que los feminismos y el colectivo LGBTQ han tenido mediante sus luchas, pues han abierto los ojos de algunos hombres y han encendido la mecha para su deconstrucción (Enguix et al., 2018, como se citó en Navarro-Lashayas et al., 2023), identificándose así los dos últimos niveles de masculinidad de la clasificación que hace Salazar (2018) –el hombre que ha adoptado cambios sin un compromiso ideológico firme, y el hombre que activamente lucha por la igualdad–. En la renuncia a la restricción emocional, existen diferentes perspectivas sociológicas para enmarcarla: 1) *softening masculinities* (masculinidades en suavización), que entiende esta como una redefinición masculina en dirección a una mayor igualdad de género (Anderson, 2008; Forrest, 2010; Montes, 2013; Roberts, 2013, 2015; White & Peretz, 2009, como se citó en de Boise & Hearn, 2017); 2) *hybridization perspectives* (perspectivas de hibridación), donde no se tiene claro que estas transformaciones de las relaciones de género conlleven igualdad, incluso defienden que pueden hacer surgir nuevas formas de desigualdad (Allen, 2007; Holmes, 2015; Lomas et al., 2016, como se citó en de Boise & Hearn, 2017); y 3) *constructionist perspectives* (perspectivas construccionistas), que vinculan las emociones con dinámicas de poder y diferencias sociolingüísticas, además de no considerar estos cambios como nuevos o contrarios a la masculinidad (Galasinski, 2004; Pease, 2012, como se citó en de Boise & Hearn, 2017). En nuestra búsqueda de unas masculinidades más emocionales, vamos a adentrarnos brevemente en estas perspectivas con la intención de saber cuál sería el efecto que tendríamos en cuestiones de justicia social.

Entonces, ¿son las emociones buenas y suficientes para conseguir cambios hacia la igualdad? Desde las perspectivas híbridas tendrán fuertes dudas ante esa posibilidad, decantándose quizá más hacia una respuesta negativa. Harán referencia a una forma personal y un tanto egoísta de atajar los costes emocionales de la masculinidad o incluso a un posible uso de las emociones en el quehacer romántico, donde debido a las insistencias femeninas de un compañero más abierto y emocional, los hombres se forzarán a ‘dar a las mujeres lo que quieren’ (Allen, 2007, como se citó en de Boise, 2015), a lo que Roger (2005, como se citó en de Boise, 2015) negará que sea un acercamiento a la feminidad o la emocionalidad y hará bien en llamarlo ‘masculinización de la intimidad’, fallando en la idea de que podrían servir para erradicar las desigualdades. Contrariamente, en la idea de unas masculinidades que se suavizan o ablandan encontramos posturas más optimistas que indican cambios producidos tras el acercamiento al plano emocional, resultando en la fractura de varios mandatos de la hegemonía (Moore y Gillette, 1993; Restrepo, 1994; Keijzer, 1996, como se citó en Bard, 2016) y posturas que declaran una masculinidad emocional como la clave para unas relaciones sociales más saludables y un mayor cuidado interpersonal, fuente de importantes beneficios políticos en pos de una mayor igualdad social (Salazar, 2018; Armengol, 2013, Baglione & Arias, 2020). Teniendo en cuenta ambas posiciones, la verdad es que probablemente la situación se acerca más hacia una postura intermedia, quizá más cercana a la constructivista con la importancia que se les da a las dinámicas de poder. Así como Bard (2016) dio voz a una postura optimista, en su discurso la acompañan más elementos a deconstruir, y es que no es suficiente con cubrir el *check* emocional en los hombres, pues en sí no garantiza la erosión de las desigualdades, ya que por mucho que consigamos que los hombres tengan una experiencia completa del abanico emocional, es esencial adoptar una perspectiva crítica en base al poder, y con ello deconstruir la forma en la que estas pueden amoldarse a las estructuras que mantienen privilegios y desigualdades (Boise & Hearn, 2017), ya que las “injusticias se perpetúan cuando la gente falla en responder emocionalmente al sufrimiento de otras personas” (Pease, 2012, p. 134).

En relación, Pease contesta mediante la exposición de una pedagogía a seguir: una ‘pedagogía incómoda’ (*a pedagogy of discomfort*) (Boler, 1999, como se citó en Pease, 2012). Esta pedagogía hace uso de dos estrategias interrelacionadas, por una parte, esa reconceptualización y trabajo con el dolor que deriva de su construcción identitaria; y por otra, fomentar la empatía para lograr un mayor entendimiento de las consecuencias que tienen sus privilegios en las estructuras patriarcales, así como animar a la proactividad. Llegados a este punto, entendemos que, necesariamente, ambas estrategias deben darse de forma indisociable, ya que según Thompson “si los hombres niegan sus propios sentimientos y dolor, no serán

capaces de reconocer el dolor de los demás” (Pease, 2012, p. 137). Fallar en aplicar estas dos necesarias condiciones nos llevó ya hace unas décadas a una enviciada ‘terapia de la masculinidad’, ya que lo que empezó en los 70 siendo una forma de deconstrucción emocional masculina, con una cierta cercanía al feminismo, acabó por distorsionarse unos años después en la siguiente década, impulsando una añoranza por la masculinidad perdida y una solución acrítica al dolor que portaban (Connell, 2015).

En la actualidad, nos enfrentamos a masculinidades ciertamente dispares y contrarias, pues la esperanza que arrojan las nuevas masculinidades, más cercanas al feminismo y a la justicia social, es ensombrecida por la potente reacción patriarcal entre la juventud. Sea cual sea la forma en la que se desplieguen las terapias y la política de la masculinidad, el uso de ese método dual es el principio por el cual deberíamos orientar nuestro trabajo con las masculinidades, y he aquí mi humilde contribución en esa dirección.

3. Metodología

En concordancia con los objetivos de esta investigación, que se orientan hacia el cambio social, la elección de la metodología ha supuesto también la adopción de una orientación práctica, que en ese sentido finalmente se configuraría en torno a una pautas encaminadas a una propuesta educativa. Anclada a esa orientación práctica, viene la necesaria inclusión del sentido participativo de la acción y cambio social, por el que hablaríamos de otorgarles la posibilidad y voz en la contribución al cambio, en vez de imponer algo no deseado o de una forma no adecuada. Agrupando estos puntos, este proyecto, en su vinculación con las metodologías participativas, tiene la potencialidad de ser una Investigación Acción Participativa (IAP), es por ello que considero que este proyecto, si bien no puede ser una IAP por la carencia de intervención, se contempla como parte de un proyecto más completo donde se llevaría a cabo la totalidad de esa metodología. Siguiendo esa elección metodológica, este proyecto se dividirá en dos fases: diagnóstico y devolución creativa. La primera fase es donde se llevará a cabo el acercamiento a las vivencias de la emocionalidad masculina, y la segunda fase contemplará las aportaciones de la primera fase y, con ayuda profesional, se extraerán las ideas en cuanto a una intervención educativa. A continuación desengranaremos cada una de estas dos fases para encontrar todos los detalles metodológicos de este proyecto.

3.1. Fase De Diagnóstico

La primera y principal de estas fases, la de conocimiento de la realidad social, se identifica con la investigación y exploración del tema a tratar a través de una metodología cualitativa, plasmada en la técnica de los grupos de discusión. De primeras, se ha optado por

la metodología cualitativa porque nos permite ahondar en los discursos y experiencias de los participantes con la intención de conocer y comprender la realidad desde su propia perspectiva, además de que la investigación cualitativa nos aporta flexibilidad a lo largo de toda la investigación, permitiendo interacción entre teoría e investigación, y adaptabilidad a los sucesos (Corbetta, 2007), por otra parte, la técnica de los grupos de discusión es una herramienta que se define como proyecto de conversación cuidadosamente planteada (Krueger, 1991, como se citó en Porto y Ruiz, 2014) y es ideal para la observación de los constructos vinculados al discurso y ocultos tras ellos (Alonso, 1997 y 1998, como se citó en Porto y Ruiz, 2014), ya que el carácter conversacional y de comodidad ayuda a la recogida de información de diferentes temáticas mediante la formulación grupal: unos discursos hacen aflorar otros (Krueger, 1991, como se citó en Porto y Ruiz, 2014). Estos grupos de discusión se caracterizan por seguir una tipología semiestructurada y una moderación semidirectiva, para evitar la dispersión del grupo en temáticas que no tuvieran demasiada relación con el tema, y así ajustarnos en tiempo y contenido a los objetivos del diagnóstico. En cuanto a la composición inicial de los grupos, técnicamente hemos tenido que atender a una idealidad de mínimo 5 personas y máximo 9, lo que por problemas de disponibilidad y/o dificultad para encontrar participantes, ha acabado resultando en menor participación final de la esperada. Además, se ha procurado cumplir con el criterio de homogeneidad, facilitando la comodidad suficiente de estar entre iguales, necesaria para la buena comunicación y el surgimiento de todas las opiniones y discursos; y el de heterogeneidad, necesario para una buena diversidad entre e intragrupo y para la aparición de debates y posturas distintas. Siguiendo estos criterios, y en concordancia con algunos de los hallazgos de la teoría, la variable que se ha seguido a la hora de configurar los grupos es la orientación sexual, dando lugar a dos grupos diferentes:

Tabla 1

Composición definitiva de los grupos

Grupo	Participantes	Identidad de género y orientación sexual	Edad
G1	G1P1	Hombre cis-heterosexual	22
	G1P2	Hombre cis-heterosexual	25
	G1P3	Hombre cis-heterosexual	28
	G1P4	Hombre cis-heterosexual	29
	G1P5	Hombre cis-heterosexual	58
G2	G2P1	Hombre trans-pansexual	21
	G2P2	Hombre cis-bisexual (queer)	22
	G2P3	Hombre cis-homosexual	30

La primera intención era la de poder realizar unos cuatro grupos incluyendo la variable de edad, separando en dos generaciones (*millennial* y *gen z*), pero por la problemática mencionada, se tuvo que realizar como aparece en la tabla, de ahí que se incluya un participante con tanta diferencia de edad.

Todos los participantes, previo a la realización de los grupos de discusión habrían recibido y firmado un documento de consentimiento (Anexo I) en el que aceptarían tanto la realización de la técnica como el uso de sus datos con un fin académico, todo ello a través del uso del anonimato y la seudonimización de sus datos.

El Anexo II reflejaría un guión estructurado de las temáticas tratadas en el grupo de discusión, este sirvió como apoyo técnico del moderador/investigador de la técnica para guiar y redirigir la conversación hacia el tema a tratar. Las partes están estructuradas en base a lo encontrado en la aproximación teórica por una cuestión de comparativa entre el conocimiento académico y el popular. Ya sabemos aproximadamente lo que se dice desde la academia, pues esta estructura serviría para comprobar la adecuación de esto con las experiencias de las personas de a pie, que no por ello son menos importantes, probablemente lo son más, debido a que son las personas que viven y reproducen las estructuras y los constructos aquellos que más tienen que decir de ellas y los que más pueden hacer para cambiarlas. Además de esa adecuación conocimiento científico – conocimiento popular, este guión permite seguir una concordancia con respecto al objetivo último de intervenir en la población, es por ello que se finaliza con una pretensión de cambio y reflexión acerca de ello.

3.2. Fase De Devolución Creativa

Ahora, pasando a la segunda fase, hablaríamos de la metodología seguida a la hora del diseño de la propuesta, donde además de elaborar ésta en base a los resultados y orientaciones aportadas por los participantes de los grupos de discusión, también se hizo uso de la opinión experta de dos profesionales en masculinidades y/o género. Para ello, se siguió también una metodología cualitativa mediante el uso de la entrevista, también semiestructurada, donde la intención habría sido recorrer por una serie de temas preestablecidos (Anexo III) pero con la certeza de que sería el conocimiento de estos profesionales el que llevara la batuta, permitiendo tratar todos los temas considerados por ambas partes (Corbetta, 2007). Ambos entrevistados son profesionales en el campo del género, sin embargo, desde el perfil profesional y su carrera pueden aportarnos perspectivas distintas. El primero de ellos alterna su vida profesional entre

la docencia como profesor de filosofía en secundaria y su labor promotora y formadora como agente de igualdad, específicamente en masculinidades y prevención de la pornografía, haciendo talleres y formaciones. Por otro lado, el segundo, sociólogo de formación y activista LGBT desde hace ya algunas décadas, ha trabajado de consultor y asesor en temas de igualdad y diversidad, ha sido profesor puntual en ámbitos universitarios y participa en proyectos socioeducativos relacionados con el colectivo y los estudios Queer; actualmente su oficio principal es el de coordinar proyectos socioeducativos en materias como la coeducación, educación en igualdad y educación sexual, especialmente con adultas, familias y profesorado, con la intención última de incidir en la adolescencia e infancia. Ambos ofrecieron unas reflexiones y aportaciones muy interesantes y productivas, que se reflejan tanto en el análisis de los resultados, como posteriormente en esta fase de devolución creativa. Con estos resultados en mano, y después del análisis, se procedió a la elaboración de esas pautas para una propuesta educativa que se explicarán con detalle en su correspondiente apartado.

3.3. Análisis

Con lo que respecta al análisis, que veremos desplegado en el siguiente apartado, comienzo diciendo que se ha hecho uso de una tabla de categorización (Anexo IV), cuyas categorías y subcategorías nacen del marco teórico recogido, y se les asocia un color distintivo. Esta tabla se creó a sabiendas de que podía ser modificada con el pasar de la investigación, y así fue, por lo que es una tabla deductiva en su inicio, y con trazos inductivos en su versión definitiva. Para hacer uso de dicha tabla, se transcribieron los grupos de discusión y entrevistas, y se usaron los colores de las categorías para codificar la información contenida en las transcripciones (Anexos V, VI, VII y VIII). Finalmente, el análisis puramente dicho ha consistido en la recolección y agrupación de la información codificada para poder analizar dentro y entre las categorías, lo que nos arroja unos resultados interconectados entre sí pero ordenados en una serie de apartados.

4. Análisis y Discusión De Resultados

Mediante la sistematización y análisis e la información recogida tanto en los grupos de discusión como en las entrevistas a profesionales se ha conseguido abstraer una serie de resultados que presentan ciertas conexiones con la literatura recopilada. Las categorías y subcategorías que se presentan en el esquema de categorización han sido capaces de extraer los relatos y a su vez han servido para agrupar los resultados en los apartados a los cuales nos adentraremos. En cuanto al contenido del análisis, este se caracteriza por la combinación de

resultado – testimonio, por tanto mi explicación sobre la información obtenida es complementada con la ilustración de palabras extraídas de los propios participantes o entrevistados, para lo cual he hecho uso de la codificación que se muestra en el apartado de metodología: GxPy, siendo la ‘x’ el identificativo del grupo, donde el grupo 1 es el heterosexual y el grupo 2 el no heterosexual, y la ‘y’ el identificativo del participante, ordenados por edad, de menor a mayor; o EPx, en el caso de las entrevistas a profesionales. En ambas codificaciones se agrega el párrafo de la transcripción en el que se encuentra.

Otro apunte que considero necesario a la hora de contextualizar los resultados e intervenciones, relacionado con el perfil sociodemográfico de la muestra, es la nacionalidad de los participantes. Como esta información ha sido obtenida como parte de esa misma participación, he creído oportuno comentarlo previo análisis. La orientación, identidad y edad de los participantes ya es conocida y está reflejada en la Tabla 1, sin embargo, no está de más especificar que aunque todos ellos residen en la provincia de Alicante, tres de ellos han expresado ser de origen extranjero: G1P2 (Turquía), G2P2 (Venezuela) y G2P3 (México), lo que nos puede orientar acerca del contexto de socialización.

4.1. Concepción De Una Masculinidad Obligada

Previo a la realización de los grupos de discusión, se asumió, y así se reflejaría en el guión, que todos los participantes iban a tener claro a lo que me refería con el término ‘masculinidad’, sin embargo, para destripar un poco sus conocimientos acerca del concepto, decidí preguntar que entendían por ello. Lo primero que deducimos de sus respuestas, aunque más explícitamente en el grupo de heterosexuales, es que la masculinidad, o al menos “una masculinidad”, es una imposición y un deber, deducido de verbos como ‘atribuir’, ‘dar’, ‘colocar’ ‘(no) tener que’, sin embargo, la marcada diferenciación entre una masculinidad societal y una personal que tienen en el grupo de no-heterosexuales (“desde el punto de vista de la sociedad...” “si bien existe una predisposición en la sociedad en la que vivimos”) quizá nos indica una cierta liberación en cuanto a esa imposición. Lo segundo que podemos observar, siguiendo con la idea de la imposición, es que así como nos revelaría Ramírez Rodríguez (2020b), en la definición de esta “masculinidad obligada” nos encontramos con unos ‘mandatos’ específicos que rigen al hombre a la hora de devenir y mantenerse tal, por lo tanto, a diferencia de la definición semiótica usada por Connell (2015) de constructo relacional en un sistema de género, entre los grupos se accede más hacia una perspectiva normativo-esencialista, es decir, acuden a ‘mandatos’ como si fueran extraídos de esos múltiples manuales de los que hablamos más arriba.

Nos adentramos a esos mandatos que han expresado los participantes de los grupos de discusión y no nos sorprende en absoluto los mencionados, todos acaban siendo recogidos por algunos de esos manuales que diversos autores nos exponían. En la base del listado que nos ofrecen, probablemente estén unos mandatos que son centrales en la construcción de la masculinidad, porque refieren al poder y autoridad, a la protección, y a la provisión de los allegados: “nosotros tenemos que trabajar, la mujer no tiene que trabajar, nosotros tenemos que traer dinero, comida, todo a la casa, tenemos que tener o comprar nosotros la casa, coche, todo esto” (G1P2, párrafo 20), “porque nosotros si somos super masculinos, tenemos que llevar el dinero a casa, la comida, tal, estamos como protegiendo a los demás” (G1P5, párrafo 141); como vemos, refieren a un papel de responsabilidad y liderazgo, “Pues que seas como el que la gente depende de ti” (G2P3, párrafo 10), algo que se ve reflejado en los mandatos que nos presenta Salguero (2018) o incluso en el *Be a Big Wheel* de Brannon (1976).

A la vez que se nombra esa combinación de mandatos, surgen otros donde ya vienen a hablar del espectro emocional y de la vulnerabilidad. Si se conoce, en sociedades patriarcales, por algo al hombre es por su fortaleza y por su restricción emocional, de ahí que estos hombres compartan repetidamente expresiones que refieren a la fortaleza, “nosotros tenemos que hacer los labores más difíciles, tipo así, tenemos que ser muy fuertes, no deberíamos enseñar la debilidad” (G1P2, párrafo 20), pero una fortaleza que abarca toda su experiencia vital, ya que “todo lo que sea ser fuerte en cualquier aspecto tiene que ser el hombre, no puede mostrar ninguna debilidad en ningún aspecto, mucho menos en físico, claro, pero tampoco se permite socialmente mucho una debilidad emocional” (G1P1, párrafo 22). Esta última debilidad que no es permitida desde la masculinidad hegemónica se expresará o bien con el simple pero potente mandato de no llorar: “nos han enseñado que, aunque llorar sea algo muy natural y muy necesario [...] para nosotros, nos enseñan a no hacerlo y eso se me hace jodido incluso” (G2P3, párrafo 122 y 124), o bien mediante la concepción de que el hombre es un ser “sin sentimientos, sin emociones, no puedes expresar emociones” (G2P1, párrafo 11). A este último apunte, uno de los participantes de ese mismo grupo nos comenta su parcial desacuerdo en cuanto al hecho de no sentir emociones, “siento que eso es verdad, hasta cierto punto, pero no es todo cierto, en mi opinión, como que se pueden sentir emociones, se pueden sentir emociones dentro de un contexto muy específico” (G2P2, párrafo 15), cosa que indicaría una emocionalidad selectiva, y unos pocos y concretos momentos donde vivirla, como por ejemplo en el arte y la música: “Yo he visto a hombres cantar baladas que si te lo dijese sin rima y en prosa, de boca, muchos

hombres los ridiculizarían por ser tan románticos, tan emocionales, tan cargados emocionalmente” (GDP2, párrafo 165).

Por último, otros de los mandatos que surgirían son la valentía, y la violencia y agresividad, ambos conectados estrechamente a la construcción emocional, como pudimos ver mediante varios autores, y conectados entre sí, como Bonino (2002) nos hace ver en su ‘creencia’ de la heroicidad belicosa. El primero de ellos surge en la dinámica de verdadero y falso que se realiza para explorar la construcción emocional. Una de las afirmaciones refiere a la valentía (*Los hombres normalmente tienen que mostrar más valentía.*), y a la hora de contestar y desarrollar su respuesta, se concluye que el hombre también tiene que ser valiente, o al menos, aparentarlo. Cuando se expone el ejemplo de un ladrón entrando en casa, automáticamente se indica y autoindica al hombre como el responsable de la situación: “¿quién tiene que entrar primero? pues, seré yo que le saco 30 centímetros a la chavala, pues tendré que entrar yo” (G1P3, párrafo 103), pero es una situación que no se plantea simplemente por capacidades o fuerza física, ya que como indica él mismo, “vale, puede tener que ver con las características físicas, pero tampoco es algo que se cuestione. Es evidente que tengo que ir yo primero” (G1P3, párrafo 103), cosa que se extrapola a otras circunstancias: “con las típicas tonterías también, de... Hay un bicho en mi casa, pues, ¿quién tiene que [...] meterse ahí a sacarlo? pues...”. Es una valentía obligada por el simple hecho de que no necesariamente dejas de tener miedo, pero aun así lo haces, por imposición: “Claro, claro, yo entro ahí y si hay un ladrón me acojono igual, pero bueno, tengo que ir a hacerlo, no me queda otra.” (G1P3, párrafo 113), y la obligación llega hasta tal punto que muchas veces, acorde a esa prueba constante de la masculinidad, esta se transforma en temeridad: “la valentía que muestran los hombres muchas veces como que tiene que ser *borderline* estupidez” (G2P3, párrafo 141). En relación con la violencia y agresividad, “que también siempre seas como un poco el agresivo de alguna manera ¿sabes? Como el que si tiene que defender a alguien lo tiene que hacer violentamente” (G2P3, párrafo 12), esta segunda parte del mandato es, más que un mandato, la consecuencia de otro, como exploramos teóricamente, por lo que el hombre recurre a ellas por ignorancia emocional la mayoría de las veces:

como ya te han sugestionado a que mostrar debilidad y a mostrar tu parte sensible es débil, ¿no?, estás atrapado en un sitio en donde tienes, como hombre me refiero, estás atrapado en un sitio en donde te han enseñado a ser proactivo, a ser asertivo, a ser estoico, a ser violento incluso (G2PD, párrafo 158).

Esa gestión emocional que resulta de la ignorancia, a parte de una concepción de la masculinidad hegemónica como tal, será también expresada como vivencia propia de alguno de los participantes, observando la asimilación de parte de esos elementos hegemónicos.

En general, pero de forma más notoria en el grupo de no heterosexuales, existe una visión constructivista de la masculinidad, donde a su parecer adquiere gran relevancia el contexto histórico, cultural y social a la hora de configurarse el sistema de género, y específicamente, la masculinidad:

O sea, yo diría que no es más que un mito, un mito que es actual, la masculinidad se ha definido y se ha redefinido un millón de veces a lo largo de la historia dependiendo de la cultura en cuestión (G2P2, párrafo 8).

Esto les da conciencia de la no naturalidad de estos mandatos, pues difieren por cuestión de tiempo y cultura, reconociendo que “no es lo mismo que a mí un soldado griego antiguo me diga que soy muy masculino, a que me lo diga un soldado de la Segunda Guerra Mundial, ¿sabes?” (G2P3, párrafo 47). Este hecho también sale a relucir de una forma quizá más inconsciente, sobre todo en el otro grupo, ya que dan cuenta de diferencias por cuestión de cultura, “depende de la cultura” (G1P2, párrafo 18), de edades, “la sociedad cambia mucho. Yo soy el mayor de todos vosotros y sí que cambia mucho” (G1P5, párrafo 23) o de creencias, “aparte, mi padre era del Opus” (G2P3, párrafo 42). Volviendo al grupo 2, ellos adoptan en este sentido una actitud bastante crítica a la hora de concebir los términos de hombre y de masculinidad, pues sienten que:

es una caja a la que le hemos ido, por cuestiones materiales, históricas, la hemos ido llenando de ciertos valores y la hemos llenado de predisposiciones y decir esto es lo que es, y esa caja le hemos ido quitando cosas y añadiendo cosas, pero la categoría se ha quedado igual (G2P2, párrafo 48).

Expresan y entienden que es “parte de nuestra naturaleza de querer ver y encontrar patrones y de querer como reajustar nuestro mundo para, por una cuestión puramente primaria, por una cuestión puramente animal, de querer nombrar las cosas y categorizarlas” (G2P2, párrafo 90), pero a su vez, tienen la creencia, como han defendido muchas teóricas feministas, de que ha habido una reacción patriarcal o conservadora que ha saltado las alarmas y ha actuado en consecuencia:

siento que también eso ha generado una contraparte, toda esa clase dominante que ha dicho: “¡Nos están tambaleando todo! ¡Tenemos que reforzarlo!” y en el que nos hayamos extremado tanto y haya tanto binarismo, eso como una necesidad patológica, ya tóxica, o sea, ahí empieza a ser tóxico porque es como: “No, no puede haber nada más, más que esto” (G2P3, párrafo 52).

Esta perspectiva construccionista lucha contra una idea semi-biologicista que se encarna por parte de uno de los participantes del otro grupo, aunque los demás es posible que la respalden. Esta posición considera la masculinidad como un elemento y constructo social, así como también un elemento perteneciente a la naturaleza, por la cual, las masculinidades a lo largo de la historia vienen arrastradas de un componente primitivo:

mientras las hembras estaban en las cuevas cuidando a los niños, lo que sea, los machos iban a cazar, no sé qué, pues cada tipo de animal tenía su forma de actuar, pues nosotros hacíamos eso y hemos evolucionado dependiendo de eso también, y hemos llegado a lo mismo, no hemos cambiado tanto (G1P2, párrafo 117).

Esta perspectiva se asocia a las posturas que reflejan Vigil (2009) y Badinter (1993) en sus escritos, una perspectiva sociopsicológica muy probablemente vinculada a la epigenética. Más adelante veremos cómo esta perspectiva también cubre las ideas sobre la emocionalidad y su anclaje a la construcción social del género.

Por último, otra concepción que sale a relucir en algunas de las intervenciones, y así mismo también es comentada en una de las entrevistas a profesionales, es el concepto de la huida de la feminidad como vértebra de la construcción masculina (Kimmel, 1997), pero no una huida cualquiera, en este caso, es una huida de la feminidad masculina, siguiendo aquí lo que expresaba Badinter (1993) con las pruebas negativas de la masculinidad: “la masculinidad se construye ya no sólo desde los machismos, sino desde la LGBTfobia, que la atraviesa totalmente” (EP2, párrafo 56). Ninguno de estos participantes se declara o muestra indicios de ser homófobo pero si perciben que existe esa tendencia en la construcción masculina: “él [su padre] tenía mucho miedo de que yo fuera gay, porque fuera influenciado o porque tuviera cuatro hermanas y era como, ¿qué?, o sea, ¿sabes? E igual mis hermanas como que reforzaban ese estereotipo” (G2P3, párrafo 42). Y así como se realiza la expulsión de lo masculino y atribución de lo femenino para con las masculinidades no heterosexuales, desde las identidades diversas se presuponen ciertas características del hombre cisheterosexual: “Entonces es porque categorizamos al hombre cishetero como el concepto de un “ungabunga” [masculinidad

hegemónica] este que estábamos hablando antes” (G2P1, párrafo 87). En relación a eso, uno de los profesionales entrevistados nos indica algo que se debería tener en cuenta como cierre de este apartado sobre la concepción de la masculinidad hegemónica:

hay hombres no heterosexuales que están encarnando una masculinidad muy hegemónica y muy tóxica, hacia dónde dirija su deseo no transforma automáticamente su forma de estar en el mundo como hombres, aquí hablaríamos de homonormatividad y cómo hay una norma de cómo ser homo, o incluso diríamos de cómo ser marica, que está atravesada igualmente por muchísimas violencias y que muchas están relacionadas con la masculinidad, aquí no se salva nadie... (EP2, párrafo 60).

4.2. Comparativa Entre La Hegemonía Y La Propia Masculinidad

Si bien en el apartado anterior, hablando de esa masculinidad hegemónica obligada por la sociedad, o incluso instintivamente, se ha analizado conjuntamente a ambos grupos de discusión, en este apartado optamos por hablar de ellos por separado, pues su forma de ver la propia masculinidad es atravesada por sus diferentes orientaciones de deseo o incluso identidades de género, que aunque ambas puedan percibir las influencias de la hegemonía, su construcción contiene “cuestiones que son significativamente diferentes a un grupo de hombres heterosexuales...” (EP2, párrafo 24).

En el grupo 1, de hombres heterosexuales, su masculinidad no se aleja tanto de aquella que definían líneas arriba, de hecho, uno de ellos se identifica a él mismo y a su entorno como tal, declarando: “mi entorno sí que es verdad que es más tradicional, [...]. Yo sí que diría que más o menos seguimos... en mi grupo de pares, incluso en mi familia también, los valores asignados a la masculinidad.” (G1P3, párrafo 30). Sin embargo, los otros integrantes, pese a reconocer y tener vinculación a esa masculinidad, también expresan y tienen aspectos que difieren de ella, y en cierto sentido, podríamos decir que la desafían. Lo que muestran mayormente es una permisividad algo mayor a la vulnerabilidad y al lloro: “pero aparte de otras cosas que tengo que ser fuerte o que no tengo que llorar pues no me importa, yo lloro cuando quiero y ya está” (G1P2, párrafo 28) “Cuando tienes que llorar lloras y... por llorar no eres menos hombre, ¿sabes?” (G1P4, párrafo 31), en algunos casos, como desarrollaremos más adelante, esta permisividad depende de la presión social o la gente que te rodee: “pero luego sí que es verdad que mi entorno más pequeño o yo solo, en lo que sé, sí que es verdad que me da más igual” (G1P1, párrafo 32).

Este desvío del camino de la hegemonía parece deberse a dos cuestiones, una de corte relacional y la otra de corte personal. La primera, de corte relacional, indica, por un lado, un cambio relacionado con los esfuerzos por una convivencia en pareja más igualitaria, donde las tareas del hogar serían responsabilidad compartida:

faltaba que me diga “hoy te toca tender”, lo hago si tengo fuerza para hacerlo después de un día duro de trabajo, igual que lo hace ella porque le sale, porque no es que sea su deber, es lo que se tiene que hacer para llevar una casa y no lo tiene que hacer ella por ser mujer ni tú tienes que sentarte hasta que se acabe la bombona de butano para bajarla porque ese no es tu deber tampoco, no. (G1P4, párrafo 202).

Y, por otro lado, el cambio de corte relacional también va muy anclado a una paternidad más sana, como por ejemplo a la hora de afrontar los conflictos, que en vez de continuar un ciclo de violencia, aquel de los participantes que tiene hijos, decidió enseñar a su hijo a solucionar el conflicto de una manera comunicativa:

pero no, yo a mi hijo le dije que no, que si tenía algún problema, “que se meten contigo, te hacen *bullying*, bueno, pues o bien te encaras con un adulto, con la profesora o quien sea, o me lo dices a mí y ya lo gestionaremos”, (G1P5, párrafo 218).

La segunda de estas cuestiones, que refiere a lo personal y a un cambio para uno mismo, tiene que ver con la valoración de los mandatos y la experiencia personal en su vivencia, han equilibrado su masculinidad quedándose con lo que les aporta y conviene, y desechando aquello que no:

pues yo con el tiempo he aprendido, en plan, que da igual lo que me estén enseñando, yo puedo cambiarlo, entonces actúo a más... a ver cómo me viene mejor, obviamente puede que esté bien o mal, pero yo digo, “no, pues no me gusta actuar de esta manera, puedo ser más objetivo si actúo de esta manera, será mejor para mí, o si de tal, peor” (G1P2, párrafo 168).

Esta idea del equilibrio o conveniencia se relaciona con lo que posteriormente abordaremos acerca de los costes de la masculinidad, en coexistencia con las ganancias que han podido detectar, y a su vez, con la perspectiva sobre el cambio en la masculinidad.

Ahora, al hablar del grupo 2, de hombres no heterosexuales, encontramos una concepción de la masculinidad propia bastante diferente a la del otro grupo, y en este sentido, también bastante diferente a la hegemónica, o al menos ellos lo creen así. Lo primero que nos

expresan de su identidad masculina personal es la constancia de que es un concepto abstracto, profundamente subjetivo y que funciona más bien como una etiqueta: “considero que ya, al punto personal, es como algo más abstracto, es simplemente una etiqueta de: “me gusta que me traten en masculino y ya está”, ya dentro de ahí puede fluir de una manera cada persona.” (G2P1, párrafo 4). Siguiendo la idea constructivista que tenía este grupo, la subjetividad y variabilidad que presenta el constructo de la masculinidad y del hombre en cuanto a términos sociales, se aplica igualmente a la identidad y sentimiento de ser hombre y de poseer masculinidad de forma individual y personal. En comparativa con la masculinidad hegemónica, a diferencia del otro grupo, estos participantes se localizan más alejados de esa construcción, y cuando se les pregunta, las razones o circunstancias que refieren para explicarlo son sus identidades disidentes, “Bueno, a ver *hace este gesto 🙄*⁴” (G2P3, párrafo 30), tanto en cuestión de orientación como de identidad de género. En el caso de G2P1, su identidad como hombre trans lo coloca tanto personal como socialmente en la disidencia, manifiesta su expulsión de la masculinidad por parte de la sociedad, así como su renuncia a una masculinidad que no le identifica ni le ha identificado nunca:

para empezar, no soy un hombre nacido con pene, o sea, soy un hombre trans, entonces creo que eso ya es un punto bastante disidente de lo que se considera masculino en la sociedad, porque muchas veces en la sociedad no se me considera como un hombre [...] eso es lo que podría yo comentar sobre por qué difiere mi masculinidad con la de la sociedad, por así decirlo, porque no encajo simplemente en ese “ungabunga”, porque nunca me han criado para fomentar mi “ungabunga” interno (G2P1, párrafo 36).

En el caso de los otros dos participantes, que su disidencia ocurre mayormente a través de la orientación del deseo, su relato es algo diferente y parecido entre sí. Ambos de origen latino cuentan como provienen de contextos especialmente patriarcales y religiosos, donde tanto el modelo de masculinidad como el de feminidad era muy marcado. Dentro de ese contexto, su socialización masculina es vivida con confusión y contradicción, pues detectaban diferencias entre lo que les decían y demandaban como hombres, y la forma en la que los hombres de su vida encarnaban esa identidad:

⁴ Realiza un gesto levantando el brazo y arqueando la muñeca, gesto que en la cultura popular indica la identificación como hombre homosexual, conocido en inglés como *limp wrist*. Es un término y gesto que ostentaba y aún en ocasiones ostenta una connotación peyorativa pero que desde hace unas décadas ha sido apropiado por el colectivo como gesto jocoso.

me decían de lo que era ser un hombre. Una cosa es lo que decían de la boca para afuera y otra cosa son las conclusiones que yo interiorizaba subjetivamente al ver actuar a los hombres en mi vida, y que es un, o sea, ahora me doy cuenta, pero en su momento no fue algo consciente (G2P2, párrafo 41).

mi padre era igual, o sea, él me decía: “Los hombres tienen que ser las tres F's: feo, fuerte y formal”, pero luego yo veía a mi padre que era, que era muy... él era muy formal, pero él era muy enclenque, no hacía deporte, no hacía tal, era como, ¿qué? Pura contradicción, luego él también se preocupa muchísimo por su apariencia personal y cómo se veía y tal, y era como, la parte de feo y fuerte no la estoy viendo, ¿sabes? (G2P3, párrafo 42).

Esas contradicciones y momentos de confusión, junto a la dureza de intentar encajar en el molde de la hegemonía les pasó factura, hasta llegar a un ‘punto de quiebre’, eso les obligó de cierta forma a tomar cartas en el asunto:

Yo siento que llegué, puede ser, un punto de quiebre, ¿sabes? Que ya llegó un punto en el que fue cómo, “o lo hablo o... ¿no? o aprendo a procesar esto o no sé qué voy a hacer”, porque si llegué a un punto en el que fue: “Esto, no es viable” (G2P3, párrafo 170).

Básicamente me di cuenta de que me estaba haciendo más daño a mí, estaba haciendo daño a mis relaciones interpersonales con otras personas porque yo he intentado lidiar yo solo con todo y embotellarlo yo todo por mi cuenta, y me di cuenta que parecía no confiar en las personas, en las personas que me interesaban, y me di cuenta que parecía no confiar en las propias personas que eran mis amigas o que eran mis allegadas, y no es sano eso, no es sano para esas personas ni para mí, me estaba haciendo daño a mí y a la gente que me quería y no quería eso, así que hice un giro de 180 grados (G2P2, párrafo 190).

Por una vía u otra, los tres participantes han llegado a un punto en el que su masculinidad e identidad no va a ser influenciada por la hegemonía. La presión por encajar en esa masculinidad sigue existiendo y la siguen percibiendo, pero ellos toman conscientemente la decisión de no dejarse llevar por ello:

he intentado ser fiel a mí mismo. [...] pero, no voy a dejar de serlo simplemente porque quieran, o sea, por querer encajar en una etiqueta en la que ni yo mismo estoy de acuerdo con todas las cosas que se le ponen a la etiqueta. (G2P1, párrafo 179).

Y yo, por ejemplo, si yo soy un hombre abiertamente queer, o sea, yo soy bisexual, y no siento que mi presentación de género tenga que ser de una determinada manera para que la gente lo entienda, ¿no? (G2P2, párrafo 41).

El estado de deconstrucción que poseen estos participantes y las diferencias que hemos visto y que veremos a partir de aquí, son fruto de una serie de experiencias vitales donde se cuestiona el género y los constructos que les someten. Sus identidades disidentes forman esa primera ruptura, sin embargo, eso no es suficiente para obstaculizar la influencia de la construcción masculina, así lo teorizaba Connell (2015) cuando hablaba al respecto de una contradicción posible, se han tenido que dar otros factores como la influencia de pares: “no tengo muchos amigos hombres en realidad. Mis amistades son o queer, son disidentes de género, o son, es eso, no son hombres como tal.” (G2P2, párrafo 71), o el trabajo personal y político de cuestionamiento:

Porque sí que me parece que el perfil de los hombres no heterosexuales puede estar, intuyo, ¿no? Puede estar más relacionado pues con los activismos, ¿no? O con identidades o personas que a lo mejor están más politizadas o, bueno, o como que han trabajado más sobre estos conceptos (EP2, párrafo 34).

4.3. Trabajo De Valoración: Costes Y Ganancias De La Hegemonía

Los mandatos de la masculinidad hegemónica ya revelaban una serie de imposiciones y prohibiciones que daban por supuesta una parte negativa en la vivencia de la masculinidad, los participantes enumeraban esos mandatos como externos al individuo, porque en cierta forma lo son; en este apartado hablaremos de como valoran esa parte negativa desde la propia vivencia (Kaufman, 1997), identificando una serie de costes (Messner, 1997), y como esa parte negativa, pese a todo, les ha aportado a algunos de ellos unas ganancias.

Claramente, el primero o más presente de los costes es el de la represión emocional. En este, desde la socialización se ha recurrido a la asociación del lloro con unas consecuencias negativas, de diverso calado, con las cuales se llega a racionalizar y convencer a los hombres de que su lloro no es permitido ni adecuado, como ejemplo, observamos las enseñanzas que la abuela de uno de los participantes le impartía:

mi abuela a mí siempre me decía que si lloraba... porque de pequeño pues me caigo, me hago una herida, lloro, porque me duele o cualquier cosa, o no me compran algo, lloro; y ella siempre me decía que los hombres no pueden llorar y es que si sigo llorando, ninguna chica me querría en el futuro (G1P2, párrafo 39).

Obviamente, eso cala en la mente de los potenciales hombres, determinando su futuro emocional. Así es como vemos que aunque algunos decían tener una permisividad mayor al lloro o a la vulnerabilidad, en realidad, la dificultad para hacerlo y para mostrar debilidad se revela como uno de los costes esenciales de la masculinidad. Esta dificultad tendrá tanto un componente social, con lo que emocionalmente se tenderá a la soledad y al aislamiento, pero también tiene un componente personal y psicológico, existen bloqueos internos que ni solos son capaces de liberar plenamente: “Porque en toda tu vida has intentado no llorar, entonces ahora, aunque estés solo, pues hay algo que como que te mantiene ahí, no te deja del todo.” (G1P2, párrafo 85). Por otro lado, los costes no provienen solo de la interiorización de los mandatos, sino que también provienen de cómo los demás perciben y actúan sobre uno a través de la hegemonía, con lo que se reciben tratos desiguales en comparación con el de las mujeres, pudiendo verse cargados de mayor responsabilidad y exigencia, o verse obligados a una represión emocional que no les representa personalmente:

estoy segurísimo de que si hubiera sido una chica, no me habrían tratado así, es más de en plan “vale, sí cariño, ven, no pasa nada”, como soy un hombre, son más de en plan “vale, pues tú has hecho esto, las cuerdas están en tus manos, tú tienes que tomar la responsabilidad de eso”, como que estás solo. (G1P2, párrafo 180).

Un hombre abriéndose sobre sus sentimientos, y es una cosa que he visto, un hombre abriéndose sobre sus sentimientos, es visto como un quejica, un manipulador emocional (G2P2, párrafo 71).

En relación a esa última intervención, se puede decir que ese coste actúa de forma distinta para con los hombres gay o feminizados, pues esa misma feminización hace que se espere de ellos una emocionalidad diferente, “Si eres hombre hetero...mmm... no. ¿Por qué estás hablando de tus emociones? Pero si eres gay, venga.” (G2P3, párrafo 80), aunque eso pueda verse como algo positivo, no es más que una forma de discriminación positiva que perpetúa la feminización del hombre gay y les suma una presión emocional contraria a la de la construcción hegemónica, y probablemente también dolorosa. Si bien los hombres disidentes desafían con su sexualidad o identidad el mandato de la huida de la feminidad (Kimmel, 1997),

eso no significa que no hayan sido socializados para seguirlo, por lo que se sitúan en un espacio liminal dañino, donde pueden sufrir por la contradicción que habitan (Connell, 2015), su identidad como hombre les obliga a la no emocionalidad, pero su identidad disidente les orienta a lo contrario.

El coste impuesto e autoimpuesto de la represión emocional conlleva una falta de cuidado propio relevante, en contraposición con el rol protector que se le asigna al hombre, la parte de protección personal se queda descuidada (Pease, 2012):

es que resulta que por culpa de no expresar las emociones, tampoco te estás cuidando tú, es decir, porque nosotros si somos super masculinos, tenemos que llevar el dinero a casa, la comida, tal, estamos como protegiendo a los demás, pero no te proteges a ti mismo (G1P5, párrafo 141).

Junto a este descuido propio, se une el descuido de las relaciones interpersonales cercanas, pues se tambalean los vínculos emocionales necesarios para su mantenimiento:

me cuesta mucho decirles a mis padres que les quiero o lo que sea, no me sale por cómo se me ha criado o lo que sea, me cuesta mucho expresarlo, entonces entiendo que muchas veces a ellos eso les puede doler o tal, les puede afectar su bienestar y me puede afectar también a mí luego a la hora de relacionarme con otra gente porque me cuesta mucho más expresar las cosas (G1P1, párrafo 195).

La conjunción de estos y otros diversos costes, que atrapan al hombre en una emocionalidad guiada por la rabia y la violencia, tiene a su vez sus propios costes (Bonino, 1999). Los hombres se ven envueltos en conductas de riesgo y violentas de forma frecuente, incluso situaciones que les ocasionan la muerte, pero también situaciones que les sitúan en graves problemas de salud y sociales: “pues nos suicidamos mucho más, pero también tenemos más adicciones, también es una cosa terrible, más adicciones a las drogas, al juego, a las maquinillas del juego, al porno, son de alguna manera formas de evadirnos” (EP1, párrafo 14). Aquí se manifiesta también la violencia de género “en cualquier nivel, en un nivel, diríamos, más elemental como es controlar el móvil, que es violencia, y ya en la máxima expresión de violencia, que sería el maltrato psicológico, económico, físico, no importa.” (EP1, párrafo 16).

Como ya adelantaba desde un principio, estos costes traen mucho dolor a las vidas de estos participantes, sin embargo, algunos de ellos han logrado encontrar ganancias tras el sufrimiento de esos costes, en específico, cuando se les preguntó si era un 50/50 entre bueno y

malo, uno de ellos respondió: “30 de bueno o incluso menos, pero se tiene más malo que bueno, en general, en mi opinión.” (G1P2, párrafo 48). Aunque esta afirmación le dé más peso a lo negativo, no está de más repasar que han podido ganar de esos costes. La primera ganancia que se expresa haber obtenido hace referencia al afrontamiento de los problemas, determinando que esos costes le han aportado herramientas para recomponerse: “aunque haya sido de una mala manera, me ha enseñado, digamos, de poder superar algunas cosas más fácilmente” (G1P2, párrafo 39), con lo que estaríamos hablando de una forma de resiliencia obtenida de la negación de la vulnerabilidad, o dicho de otra forma, la adopción de una fortaleza estoica. Otra ganancia es la de la autosuficiencia:

la masculinidad también tiene cosas buenas en ese sentido, claro, en el sentido de, al final, una cosa que yo sí comparo con las mujeres en mi entorno es que, al final, tú cuando adoptas estos valores es verdad que no dependes tanto de otra persona (G1P3, párrafo 44).

En este caso, uno de los profesionales entrevistados aporta su visión acerca de esta autosuficiencia, cuestionando que sea tan válida y marcando su carácter patriarcal: “¿y por qué le damos tanto mérito al valor de la autosuficiencia, que es muy masculinista y que precisamente el trabajar en red, el ser dependiente no es necesariamente vulnerabilidad?” (EP1, párrafo 40). Aquí este profesional nos indica que la necesidad de los otros es algo intrínseco en la especie humana, e incluso en los animales, y que quizá la autosuficiencia no se valoraría de igual forma sin estar inscritos en una sociedad patriarcal.

La última ganancia de la que se habla es de una honestidad emocional que nace de la infrecuencia de su apertura, es decir, que “Lo bueno, entre comillas, de lo nuestro, como no contamos de normal nuestros problemas, cuando lo contamos es verdad, y la manera de reaccionar también es más verdad, más sincero” (G1P2, párrafo 155). Esta ganancia tiene un carácter comparativo, pues sirve de cierta crítica hacia la emocionalidad femenina, cosa que veremos en las siguientes líneas.

4.4. Percepción De La Diferencia Emocional En El Género Femenino

Así como estos participantes han sido capaces de percibir, hasta cierto punto, su construcción emocional y como ésta se vincula estrechamente a su construcción de género, era de suponer que también saben percibir la construcción emocional femenina, y a su vez, que diferencias acarrea esta para las personas que la viven con respecto a la suya. Este pequeño apartado recoge una serie de diferencias percibidas, mayormente en el grupo heterosexual, con

respecto a las mujeres y a lo femenino en materia de emociones, incluyendo ciertos trazos de subjetividad, que en ocasiones se traduce en una especie de aspiración, y en otras, en una especie de crítica.

De primeras, afirman que las mujeres poseen otros y más variados recursos emocionales a la hora de enfrentar, sobre todo, problemáticas, por lo que ellas no recurren a la agresividad ni a la violencia para expresarse o solucionar el conflicto: “a lo mejor, sí, a lo mejor te pega un grito o lo que sea, pero es más difícil que te encuentres a una mujer que, por frustración o por ira o lo que sea, agrede a otra persona” (G1P1, párrafo 128), y que por ende consiguen sobrellevar las situaciones mejor que ellos: “teniendo un problema similar, aunque lo expresen gritando, llorando o lo que sea, se sobreponen o no sobreponen, el problema está dentro del interior, pero llevan una actitud diferente, es decir que... parece que lo sobrelleven mejor que nosotros” (G1P5, párrafo 129). En esta diferencia percibida, notamos cierta voluntad o cierta envidia sana al respecto de una gestión emocional mucho más variada, que no perfecta, ante las adversidades. En este sentido, G1P1 tiene una opinión sobre esta diferencia, él considera que existe mayor madurez en las mujeres, ya sea de forma general o en lo emocional, y que eso les permite ese acceso a mayor diversidad de recursos:

Yo en mi aspecto creo que diría que normalmente las chicas han sido más maduras en general, emocionalmente o como sea, siempre han demostrado una actitud más madura básicamente. Si había un problema, pues intentaban a lo mejor solucionar de otra forma, a lo mejor sí, en el momento estaban cabreadas, pero enseguida intentaban solucionarlo (G1P1, párrafo 151).

A lo que percibimos opiniones encontradas, pues otros dos participantes no comparten la misma opinión. Por un lado, G1P3 no encuentra que exista esa mayor apertura o destreza emocional, e incluso tacha de superficialidad a los grupos de amistades femeninos: “a mí tampoco me parece que el grupo de mujeres sean más abiertos a nivel emocional, al revés, yo por lo que veo, las veo como mucho más superficiales entre ellas” (G1P3, párrafo 154). Y, por otro lado, pero siguiendo un poco el hilo de esta opinión, G1P2, no está de acuerdo en que ellas sean más maduras. Traemos de vuelta el tema de la honestidad emocional del apartado anterior, que es aquí cuando surge esa idea, ya que considera que esa mayor expresión y destreza emocional no significa que sean más sinceras: “porque no creo que sean más maduras, simplemente ellas, porque tienen más libertad de emociones, se cuentan las cosas, pero eso no

quiere decir que sean más sinceras, por muchos casos” (G1P2, párrafo 155), y opina que existe una hiperbolización o teatralización de esa emocionalidad, al punto de a veces llegar a falsedad:

ya que ellas se pueden expresar más, lo expresan, de verdad, exageran más, que igual no les importa tanto, o sí que les importa, no lo sabemos, pero que dicen, ay, sí, pues me ha pasado esto y se expresan de una manera que dices... como si fuera un teatro, ¿vale? (G1P2, párrafo 155).

Aquí, EP1 disiente de esa “falsedad” emocional femenina, sin embargo, comprende de donde viene: “pero entiendo por qué se dice. Cuando tú no tienes un lenguaje emocional, cualquier cosa vista desde fuera te parece un poco caricaturesca” (EP1, párrafo 12). Para contraargumentar esta idea, parte de eso último, y expresa: “yo no creo que las dramaticen, yo lo que creo es que realmente las verbalizan tanto que algunas veces pueden parecer una cierta caricatura” (EP1, párrafo 12), pueden parecer una caricatura para personas que no están acostumbradas a ello, el hombre entonces no alcanza a entender la totalidad de ese lenguaje: “yo lo que creo es que nosotros nos cuesta tanto entender ese universo emocional que podemos comprender ciertas situaciones, pero hay otras que nos parecen que son tragicómicas” (EP1, párrafo 12).

Pasando hacia otra diferencia, G1P5, el mayor de todos, recordando momentos de su adolescencia, aunque su percepción actual no parece distar mucho, nos habla de una mayor empatía y apoyo mutuo, evidenciado por Christov-Moore y compañeros (2014). Surge en este caso un ejemplo sobre el *bullying*, y algunos concuerdan en que ante una situación así, el resto de mujeres ‘hacen piña’ para socorrerla:

por ejemplo, una chica que se metían con ella por su aspecto físico o lo que sea, pues todas hacían piña y... ibas a la discoteca en mi época y tal y a lo mejor había una chica así que no era agraciada, y la gente se mofaba o se metía con ella o hacían burlas y así, ya todas a una la rescataban (G1P5, párrafo 150).

A fin de cuentas, entre las mujeres siempre se ha potenciado mayor unión o compañerismo, mayor sororidad, diferente a la fraternidad entre hombres. Al respecto nos comenta EP1 sobre la existencia de una red amorosa que concuerda con esa percepción de mayor apoyo mutuo y empatía:

cuando ellas tienen un conflicto, siempre tienen lo que yo llamo una red amorosa, ¿qué es una red amorosa? Siempre tienen una amiga o tres o 15, que ante cualquier problema

o problemita, [pone un ejemplo de ‘problemita’], ellas tienen esa red amorosa (EP1, párrafo 12).

Por último, cerramos estas diferencias, aunque se podría seguir estirando del hilo, con otra comparativa en forma de crítica. A diferencia de la responsabilidad y exigencias con las que son cargados los hombres en ciertas situaciones, parece verse un trato emocional más delicado y comprensivo para con las mujeres. Ante una situación pasada, en la que se sufrió mucho y se tuvo que tomar una decisión comprometida, G1P2 recibió por parte de su familia mucha presión por estar en desacuerdo con la decisión tomada, a lo que él está convencido de que de ser mujer, la actitud de la familia hacia su persona habría sido totalmente distinta: “pero yo estoy segurísimo, pero segurísimo de que si hubiera sido una chica, no habrían actuado así, habrían sido más de, en plan, “vale, ven, ahora ya después si eso puedes hacerlo otra vez”” (G1P2, párrafo 180). En relación, encontramos trazos de ese trato diferenciado en la socialización disidente de G2P1: “me han criado, como una chica, puedes expresar emociones, puedes llorar, puedes ser débil, porque claro, como eres una chica puedes hacerlo” (G2P1, párrafo 36).

4.5. Experiencia Y Gestión Emocional

Ahora, vistos los mandatos y costes que cubren la experiencia emocional, y justo después de ver las diferencias contempladas con respecto al género femenino, abordaremos en este apartado la narración acerca de su gestión emocional, que en este caso nos conviene contemplar por separado.

Cabría empezar diciendo que la gestión emocional del grupo heterosexual, como cabría esperar según la teoría, y a pesar de sus manifestaciones de mayor apertura, en rasgos generales muestra signos de constreñimiento. Uno de los primeros signos visibles es la responsabilidad obligada de hacer algo pese a que sus emociones van contracorriente, teniendo que acallarlas. Uno de los ejemplos que surge es con respecto al miedo, y al ejemplo que hablábamos anteriormente del ladrón, en ese caso mostraban que tenían que hacer frente a la situación pese al miedo, dejando ver la gestión emocional que desarrollan: “Intentamos prepararnos mejor mentalmente y ya está” (G1P2, párrafo 115).

Otro signo, más que visible, son los bloqueos que deja la falta de recursos emocionales, y es que esa falta de recursos hace que ante situaciones similares, los resultados en nuestro bienestar sean muy distintos al de ellas: “nosotros nos quedamos más bloqueados cuando tienes un traspiés gordo en la vida, tienes un problema [...] nosotros, a lo mejor, te quedas más

hundido, más deprimido, más...” (G1P5, párrafo 129). Entonces entran de nuevo los grandes protagonistas, ante esa falta de recursos, el hombre se queda atrapado en la ira y el enfado como forma predominante en la gestión emocional (Artaza, 2018):

yo, en general, no suelo llorar directamente, si hay algún problema que me está causando el problema, o sea, lo que sea, antes de hacerme llorar, me cabrea el problema de dónde sale, si es alguna tontería, me hace cabrear directamente (G1P2, párrafo 130).

Este mismo participante defiende de nuevo la idea de un componente sociobiológico en el que vincula esa limitación emocional a una causa hormonal, planteando la interacción entre estas y aspectos de carácter social: “había leído un estudio diciendo que los hombres suelen expresarse con el cabreo, con la ira, lo que sea, por las hormonas que tenemos también, no es simplemente por la sociedad y por cómo nos hemos creado” (G1P2, párrafo 130). Posteriormente, una vez la gestión emocional ha pasado por el cabreo, se suele recurrir a la practicidad y a un enfoque resolutivo, donde acabar de apartar las emociones y el problema de enfrente: “y mi solución para eso es intentar solucionar ese problema directamente” (G1P2, párrafo 130). Esta gestión que se maneja desde el cabreo es algo incluso visible para el otro grupo, donde ven que “es la única emoción que se ve como normal o positiva que tenga un hombre” (G2P2, párrafo 15), y yendo más allá identifican una dinámica donde se trata de transformar toda emoción y energía de un hombre en manifestaciones violentas:

todas las emociones que sientas las tienes que externar de alguna manera, como de manera agresiva, y no solamente en eso, sino ¿cuántas veces hemos escuchado al niño que le dicen: “Este niño tiene mucha energía o tiene mucha rabia, o mucho tal. Pues que lo saque en karate, que lo saque en boxeo, que lo saque en...”? (G2P3, párrafo 19).

Por último, algo que también les condena a la incompreensión interpersonal es que a diferencia del género femenino, los hombres suelen carecer de una adecuada empatía y de unas decentes habilidades comunicativas, sobre todo en la resolución de conflictos con componente emocional. Mientras que las mujeres tratan de solucionar mediante la comunicación y otras herramientas, los hombres pasan de la rabia al enfado y de esta a la incomunicación: “con los chicos no, los chicos incluso eso, llegaban a pegarse o se tiraban ahí un buen tiempo cabreados y a lo mejor ya no se hablaban” (G1P1, párrafo 151).

Con ese último apunte de la gestión heterosexual, pasamos a la del grupo de no-heterosexuales, el grupo disidente, que como marca esa palabra, también se presentan disidentes en ese aspecto, o al menos hasta ahí deciden mostrar, pues antes de empezar cabe

destacar que EP2 se declaró escéptico de esa diferencia emocional, dado que como ya advertíamos, el hombre no heterosexual ha vivido y vive socializado en la misma construcción que los demás hombres, y eso le enjaula en la misma celda, de la que escapar no es una tarea fácil, las palabras de EP2 ante esas declaraciones del grupo 2 así lo indican:

me resulta difícil concluir o inferir que lo que tiene que ver con la dimensión emocional y cómo estamos conectados con nuestra parte emocional, pues sea muy diferente. Personalmente, saliendo de lo académico, yo he tenido que hacer un proceso personal y terapéutico para conectar también con esa parte, entonces no creo que sea tan distinto, porque bueno, hemos sido socializados como hombres desde esa misma masculinidad hegemónica (EP2, párrafo 20).

El escepticismo en cuanto a esa emocionalidad divergente no es de extrañar, pues no sólo él como hombre no heterosexual, sino también muchos otros hombres disidentes muestran ese lastre que nos deja la masculinidad hegemónica (McMahon et al., 2020), sin embargo, teniendo en cuenta el importante aporte que nos deja este entrevistado, no podemos dejar de presentar cual es desde su perspectiva, sea o no cierta, la gestión emocional que ponen en práctica.

Si empezamos por una de las vértebras de la emocionalidad masculina, este grupo expresa tener una mayor normalidad en la expresión de los sentimientos y en el lloro, sin embargo, no hablamos de todos ellos desde el mismo contexto. Cabe decir que existen dos socializaciones marcadamente distintas con respecto a los tres integrantes de ese grupo, y es que la socialización emocional de G2P1, de la que más tarde hablaremos en profundidad, no ha sido la misma. En su caso, la expresión de sentimientos es una cuestión normalizada: “ahora con la transición y con todas estas cosas, por ejemplo, yo no tengo ningún problema en expresar mis emociones, porque siempre lo he hecho, nunca he tenido ningún problema” (GDP1, párrafo 36). Por otro lado, encontramos a los otros dos participantes con una socialización similar, que tras ese momento de quiebre que comentábamos, adoptaron una emocionalidad en la que la expresión y el lloro también se facilitan, “Para mí también es fácil llorar. Pero porque... no por una cuestión de que siento que mi masculinidad va a verse en peligro o no, sino porque me da igual, me da genuinamente igual.” (G2P2, párrafo 112), incluso en momentos y situaciones que pueden parecer triviales: “Yo lloré con el anuncio de *Suchard* de Navidad, o sea...” (G2P3, párrafo 110). En esta “diferente” masculinidad prefieren recurrir al lloro antes que dañarse

reprimiéndolo: “O lo suelto o no lo suelto, ¿sabes? Y me voy a hacer más daño si no lo suelto. Prefiero soltarlo, va a ser mejor para mí.” (G2P2, párrafo 114).

Con respecto a otra de las vértebras de la emocionalidad masculina, el cabreo e ira como alternativa preferente de esa emocionalidad hegemónica, existe una concepción y gestión muy diferente. Todos ellos están de acuerdo en que esas emociones no son per se negativas y que no es cuestión de reprimirlas, “también te puedes cabrear, pero tampoco, o sea... puedes canalizarlo de otra manera, pero que el cabreo tampoco considero que sea algo que haya que quitar siempre de cualquier cosa.” (G2P1, párrafo 199). El cabreo es una emoción que forma parte de nosotros y de nuestra vida, y por tanto, como dice uno de ellos: “creo que hay que vivirlo, yo creo que el cabreo hay que vivirlo” (G2P2, párrafo 200), sin embargo, es necesaria una exploración de ese sentimiento, al igual que con todos los demás, para poder gestionarlo y vivirlo correctamente: “el enojo, como una emoción más, tienes que aprender a manejarlo, pero nunca lo sientes si te limitas a sentirlo, nunca vas a aprender a manejarlo.” (G2P3, párrafo 201). Al final, si no aprendes a gestionarlas, manejarlas, o como se quiera expresar, todas las emociones tienen la capacidad de ser dañinas, y uno de estos hombres nos trae una cita para ilustrarlo: “Paracelso dijo que “el veneno está en la dosis, no en la sustancia”, eso creo que es verdad también con respecto a las emociones.” (G2P2, párrafo 200).

Su gestión emocional se basa en, sobre todo a la hora de dejar salir algo que les pueda estar carcomiendo, recurrir a herramientas de liberación y conversión emocional. Una de estas herramientas, que nos puede sonar bastante, es la música, se trata de escuchar música acorde con el sentimiento que se esté teniendo para dejarlo brotar: “yo soy la clase de persona que se pone a escuchar música para provocar y terminar sacando ciertos sentimientos.” (G2P2, párrafo 116). Entienden que dejar correr el sentimiento, y sobre todo cuando pueden estancarse, es la mejor forma de cuidar de uno mismo, así mismo lo interpretan con respecto al lloro:

en mi vida no me habían enseñado cómo la magia del llorar, o sea, yo hay muchísimas veces que llego a casa y estoy con toda la cabeza hecho un tal que ni siquiera puedo pensar, y es que es muy cierto el dicho de “Una lloradita y a seguir”, ¿sabes? Porque lloro y se te aclara la cabeza (G2P3, párrafo 122).

Este elemento de liberación puede funcionar con otras vías de escape, con otras herramientas, que además de liberar sirven para convertir: “pero muchas veces ya ni siquiera es escuchar, sino también es crear, hacer algo con ese sentimiento” (G2P2, párrafo 116), donde se da cabida a muchas otras formas de liberación y conversión: “Pero si veo que no puedo, pues

simplemente yo solo me pongo a jugar algún juego, me pongo a dibujar, me pongo a escribir, lo que sea, e intento relajarme yo solo.” (G2P1, párrafo 167). En el uso de estas herramientas, el participante que saca a relucir el tema, G2P2, nos describe ese proceso mediante el uso del verbo ‘sublimar’, término que utilizaba Freud, donde centra esa conversión en la productividad:

Ahí creo que sí que hay un valor increíblemente bello en tomar el dolor, la rabia, la frustración y convertirlo en... sublimarlo, que es la palabra que utilizaba Freud. Sublimar esos instintos y convertirlo en algo productivo (G2P2, párrafo 165).

Esta herramienta puede ser una forma realmente útil de gestionar sentimientos, pero no podemos obviar que tras esa visión hay un discurso de adaptación a unas estructuras sociales que nos alientan a la productividad absoluta. Este entrevistado tiene claro este matiz: “yo personalmente, pienso que esto de querer encontrar maneras productivas de lidiar con todo, con toda la experiencia humana es reducir la irracionalidad del animal humano a ser un engranaje más” (G2P2, párrafo 200), sin embargo, muchas personas, o en este caso muchos artistas caen en la trampa de la productividad, uno de sus compañeros muestra un poco eso cuando habla sobre su experiencia con el arte y su carrera profesional como diseñador gráfico: “Porque siempre he enfocado eso a la productividad. Y sí, está muy bien ser productivo con las emociones pero también es como, o sea siento que es más bonito también poder decir lo hice porque me nació” (G2P3, párrafo 166).

Otro rasgo presente es que, en comparación con el otro grupo, parece darse una mejor habilidad empática y comunicativa. En la resolución de conflictos parece que prima la comunicación como primera estrategia: “Pues primero hablo con la persona, intento comunicarme, intento expresarme” (G2P1, párrafo 167), y con respecto a las emociones en general, se expresa pasar de un punto de ‘embotellamiento’ a una honestidad absoluta, diferente a la que expresa tener el otro grupo: “ahora voy a ser honesto absolutamente con todo y con cómo me siento en cualquier momento, en cualquier instancia” (G2P2, párrafo 190), cosa que por supuesto no les libra de problemas, pues en este caso, se añade mayor tarea de gestión: “también acarrea muchísimos problemas porque ahora tienes que distinguir cuándo es el momento adecuado, cuándo es el contexto en el que puedas hablar de esas emociones, con quién puedas hablar de ciertas emociones u otras” (G2P2, párrafo 190).

En la reflexión sobre su propia gestión no pueden pasar por alto que realmente las emociones no son una tarea fácil para nadie, que “Tratar con humanos es complicado” (G2P2, párrafo 192), y que existen problemáticas emocionales que afectan a nivel social, girando en

torno al concepto de responsabilidad emocional o incluso irresponsabilidad emocional: “Muchas veces no estamos preparados para lidiar con la carga emocional de otros, pero hay un vacío allí con respecto a lo que es la responsabilidad emocional.” (G2P2, párrafo 71). Este vacío conlleva justo a una falta de honestidad y de empatía: “Pues muchas veces eso, como no queremos lidiar con las situaciones, pues muchas veces creamos casi que mecanismos de defensa para no contaminarnos nosotros con la carga emocional de la otra persona, y no somos honestos al respecto” (G2P2, párrafo 188).

Como último punto, quería comentar unas pinceladas de un tema al que se le da importancia desde el guión y es algo contemplado en la teoría, el pedir ayuda o, por lo contrario, recurrir a la alienación (Kaufman, 1997). De nuevo encontramos diferencias notables entre ambos grupos, pero con algunas excepciones y apuntes que vale la pena contemplar.

En el grupo de heterosexuales hay una tendencia a la alienación, los problemas suelen gestionarse de forma individual y sufrir para uno mismo. No obstante, como excepciones, hay uno de los componentes que sí se identifica con el pedir ayuda, donde él se abriría emocionalmente y contaría los problemas: “Porque yo soy una persona más abierta, a mí no me importa contar los problemas que haya tenido” (G1P2, párrafo 67), sin embargo, podríamos destacar que al hacerlo posee una intención práctica enfocada a la resolución:

yo sí que lo cuento, porque al final la solución puede venir de varias partes, da igual quién sea, yo si pienso que mi amigo que nunca me cuenta nada o no me da los detalles al menos, si me puede ayudar yo se lo comento mi problema y así él me ayuda (G1P2, párrafo 143).

Otra excepción la encontramos en G1P3, en este caso él expresa pedir una especie de ayuda, pero en este caso no comporta un componente emocional, se cuentan los problemas pero por una especie de desahogo o queja, por lo demás si hablaríamos de alienación:

Yo creo que los problemas sí o sí tienes que solucionarlos siempre solo, a ver, que al final sufrir en silencio... una cosa es lo que he dicho antes de compartirlo, otra cosa es abrirse emocionalmente, que no es lo mismo (G1P3, párrafo 73).

Veríamos también esta pauta en las amistades de G1P2: “la mayoría de mis amigos que están ahí, pues suelen ser más así también, sin mostrar emociones, simplemente te dicen lo que ha pasado, no te demuestran cuánto les duele, simplemente te hacen saber por encima y después pasan.” (G1P2, párrafo 67). Luego, existen otras excepciones más generales, y es que se podría

recurrir a ayuda en entornos o personas seguras: “si tienes a alguien que te entiende pues al final se lo cuentas” (G1P4, párrafo 71).

En cambio, en el grupo de no heterosexuales es lo contrario, hay una tendencia a pedir ayuda, con algunas excepciones y algunos apuntes relevantes. Con respecto a las excepciones, una de ellas también refiere a personas o entornos seguros, pero en este caso está muy vinculado a la orientación y a la feminidad: “yo con hombres muy cercanos o con otros hombres homosexuales y tal, sí, puedo hablar de eso. Pero con un hombre heterosexual o un hombre que no conozco, nunca. Siento que sí está muy...eso. Es algo más “femenino”” (G2P3, párrafo 69). Por otra parte, saliendo de entornos seguros, la presión social, tanto por la masculinidad como por otras variables, puede impedir esa necesidad de expresarse y pedir ayuda: “simplemente por evitar el que te señalen después, el que te hagan sentir peor después, prefieres tragártelo y llorar después en tu casa solo.” (G2P1, párrafo 121). Finalmente, otra excepción en la que no se pediría ayuda, y quizá en este sentido no intervenga tanto la masculinidad, es el pensamiento de que puedes ser una molestia para los demás con tus problemas: “Y que siento que a lo mejor puede ser una carga para la otra persona, o a lo mejor estoy molestando a la otra persona, porque todo el mundo también tiene sus cosas” (G2P1, párrafo 167).

Otros apuntes a esta cuestión son que aunque su propia vivencia tiende al pedido de ayuda, se han encontrado con hombres a los que les compromete e incomoda esa apertura y la forma de pedir ayuda: “para ellos es como si les estuviese poniendo contra la espada y la pared, en plan: “¿Cómo se te ocurre abrir la caja de Pandora así?”” (G2P2, párrafo 71), y en cambio otros que se han influenciado de esa permisividad:

del chico que he hablado antes, que es cishetero, que es súper cariñoso y súper majo, que siempre ha tenido que ser súper duro, súper fuerte y cuando me conoció, me acuerdo que tuvimos una conversación de esas profundas de empezar a hablar de la vida y se puso a llorar una cosa horrible (G2P1, párrafo 101).

Un último apunte que hacer sobre esta cuestión es que es en este grupo donde surgiría la figura del psicólogo o terapeuta, donde cobra importancia la terapia y la orientación socioemocional: “Y si no, pues ya dependiendo de qué tan grave sea el tema de las emociones, pues a lo mejor buscar ayuda psicológica” (G2P1, párrafo 167).

4.6. Socialización Emocional

La socialización masculina, y aquí específicamente la socialización emocional, no tiene porqué llevarse a cabo a través de los hombres de la misma familia, o cercanos, esta

socialización puede verse impartida por multitud de agentes socializadores, incluso mujeres, multitud de actores que tomarán y perderán relevancia dependiendo de la etapa vital en la que nos encontremos, por eso a continuación diferenciaremos, como hicimos en el marco teórico, entre una socialización primaria en la infancia o niñez protagonizada por la familia, pasaremos a una socialización secundaria en la adolescencia o preadultez, protagonizada por amigos o grupos de pares, y terminaremos por las enseñanzas que la vida adulta ha traído y sigue trayendo a la emocionalidad de estos participantes.

La socialización primaria o familiar ha sido marcada por las primeras y más fuertes enseñanzas sobre las emociones, cosa que tendrá mucho peso en el devenir de la emocionalidad adulta. Como hemos visto, esta socialización ha instaurado esos mandatos que más o menos fuertemente han sido apropiados por los participantes, sin embargo, a la hora de calificarla, no es sólo los valores lo que es criticado, en ocasiones también es duramente criticado las formas en las que se haya impartido: “ya no es tanto el valor como tal, que también me parece muy tóxico, sino también la forma en la que se suele inculcar” (G1P1, párrafo 41). Algunos participantes, sobre todo aquellos que han tenido una socialización más tradicional, indican una cuestión de respeto por la experiencia de la gente mayor: “se miraba mucho la experiencia, entonces la palabra de las personas mayores, nuestros abuelos, nuestros tíos abuelos, una persona mayor del pueblo, tú tenías que digamos respetarla, y acatarla” (G1P5, párrafo 139), y esta cuestión, junto a una percepción de falta de enseñanza directa de mandatos, “a la hora de mi infancia yo no recuerdo que nadie me dijera nada” (G1P3, párrafo 140), conducía a que la socialización se llevara a cabo sobre todo a través de una conducta imitativa:

siempre intentabas como imitar la forma de actuar de estas personas, entonces si esta persona, por ejemplo, expresaba sus emociones positivas riéndose y a carcajada limpia, pues tú lo mismo, si veías que a esa persona se le muere, yo que sé, su padre y no llora, pues tú lo mismo, es decir que era un poco una conducta imitativa (G1P5, párrafo 139).

Esta interpretación concuerda con lo que uno de los profesionales comparte acerca de los referentes y la falta de figuras paternas en la enseñanza:

creo que los niños se encuentran y nos encontrábamos con un vacío, porque nuestros padres muchas veces no están tan presentes en nuestra educación como las madres [...] ¿Qué hacíamos? Pues buscar cuáles eran los tipos ideales masculinos en nuestro entorno y tratar de amoldarnos a ellos, y esto creo que sigue pasando (EP2, párrafo 56).

Al igual que había agentes socializadores reproduciendo la masculinidad hegemónica y su emocionalidad, también hubo, en las infancias de estos participantes, algunas excepciones que adoptaron una mayor permisividad emocional. En el primer grupo lo vemos en algunas infancias donde probablemente el protagonismo educativo de las madres, y su posible visión inclusiva, haya influido en que ahora muestren mayor facilidad para adaptarse a la emocionalidad:

mi madre me enseñaba que las emociones, pues tienes que vivirlas, como ya he dicho, no tienes que tener miedo a llorar, igual que no tienes que tener miedo a reír, no tienes que tener miedo a llorar, son dos cosas importantes para una persona (G1P4, párrafo 136).

y mi madre es una persona muy abierta, para dar un ejemplo... pues la sociedad era bastante homófoba y yo no veía ninguna persona gay, ¿vale? de normal, pero mi madre sí que tenía amigos gays y cuando venían, yo veía que ellos actuaban de otro manera (G1P2, párrafo 168).

Si seguimos hablando de excepciones, encontramos también la de G2P1, cuya socialización primaria, pre-transición, ha sido femenina, y por ende, con la permisividad emocional con las que se les imparte a ellas: “yo es que en mi caso es especial, porque claro, a mí nunca me han educado de pequeño a guardarme las cosas, porque a mí, lo que he comentado antes, me han educado como a una chica” (G2P1, párrafo 175). Aunque ahora adopten mayores niveles de permisividad, está claro que esta socialización no es la única que han vivido, y que las otras etapas han influido, como veremos, en una mayor adopción de mandatos hegemónicos.

En la adolescencia, la agencia socializadora se releva de la familia a otros agentes, tomando la batuta los grupos de amigos y pares. En el grupo heterosexual parece que eso conlleva una adopción de mayores mandatos de la masculinidad o el refuerzo de los ya existentes, los grupos de pares e incluso otros referentes influyen en cargar esa emocionalidad de restricción: “ya creciendo, pues que si la tele, que si las series, luego que si tu grupo de amigos, y claro, yo ni nada, ni mi entorno nunca ha estado muy presente eso de abrirse sentimentalmente” (G1P3, párrafo 140). Por otro lado, el grupo no heterosexual tiene una socialización de pares que funciona distinto, más que por adaptación a la norma, funcionó a través del castigo a la infracción normativa. El no encajar, por las razones que fuesen, hacia

que se sintieran atrapados y vulnerables, cosa que dio pie a que los agentes socializadores tanto primarios como secundarios reforzaran la enseñanza hegemónica:

de que cuando yo reaccionaba mal a algo, porque yo sufría acoso escolar, era que no sabía entender una coña, de que era demasiado sensible, de que debería actuar como un hombre al respecto y reírme y ya está, debería ignorarles, y ahí se ve como se está implantando en mí esto de querer ser estoico al cien por cien y no mostrar emoción ninguna, a no ser que fuese sardónica, sarcástica o violenta, directamente discriminatoria (G2P2, párrafo 190).

Las enseñanzas en la vida adulta ya adoptan un matiz diferenciador entre ambos grupos, pues no parten de la misma base. En los hombres heterosexuales gran parte de las enseñanzas en igualdad y emocionalidad son adoptadas a partir de la tenencia de una pareja mujer y de la convivencia con ella: “yo por ejemplo, como he dicho, con mis amigos no me he abierto como por ejemplo con la pareja que puedes llegar a conocer” (G1P4, párrafo 177), además, junto a esa influencia relacional, también se añade la introducción a otros ambientes:

o incluso viendo a tu pareja con sus amigos que llegan y dicen “¿cómo ha ido la semana? ¿tienes algún problema?” Para mí eso es algo raro porque no estoy acostumbrado a eso con mi círculo, pero es algo como ir... mejorando no, pero cambiando, aprendiendo a hacer cosas nuevas. (G1P4, párrafo 177).

Se encuentra que el cambio también se produce por parte de los agentes socializadores que antes adoptaban la hegemonía, dándose el caso de que ahora permiten o incluso piden esa emocionalidad que se negaba en su momento, tanto en amigos: “ahora pues sí que somos mayores [el grupo de amigos] y sí que cuando te pasa algo sí que, sí que lo cuentas, pero antes no, qué va” (G1P1, párrafo 145), como en familiares: “aunque ahora sí que es todo lo contrario, ahora si me ven mal, pues sí que me dicen “si tienes que llorar llora, desahógate”, pero en su momento no.” (G1P1, párrafo 138). Con respecto a los hombres que tuvieron esas enseñanzas primarias permisivas, actualmente tienen mayor facilidad para cuestionar y adoptar una masculinidad y emocionalidad propias: “pues yo con el tiempo he aprendido, en plan, que da igual lo que me estén enseñando, yo puedo cambiarlo” (G1P2, párrafo 168).

Finalmente, otra enseñanza que revela una gran esperanza, es que han aprendido que hay que mirarse más hacia dentro, en concordancia con la *inward gaze* de Middleton (1992), para poder cuidarse y protegerse a uno mismo: “hay que ser un poco más egoísta en el sentido

de mirarse uno hacia su interior y ver, verdaderamente, las carencias que tiene para poder buscar solución” (G1P5, párrafo 141), y eso paradójicamente permite mirar mejor hacia fuera:

Yo creo que el cómo tengas enfocado el tema este de la masculinidad y que no sea tóxica, sino que es bueno, es una forma de... [...], entonces, por ejemplo, yo qué sé, pues si tú ves una relación a tu lado tóxica o tal, pues sí que te tiene que dar por llamar al 016 y denunciar la situación (G1P5, párrafo 174).

En el grupo no heterosexual, reiteramos que el punto de quiebre vivido actúa como punto de inflexión en lo emocional también, cosa que altera a mejor la emocionalidad de estos participantes, no obstante, con G2P1 sucede algo ligeramente a la contraria. La socialización marcadamente más permisiva de este participante es contrarrestada, después de su identificación como hombre, con la presión social por reprimirse:

yo siempre he estado más en contacto con mi sensibilidad y nunca, o sea, si le he llegado a rechazar, ha sido más bien, como he sido más mayor, pero no por nada, sino por a lo mejor momentos de presión social en las que te obligan a reprimirte un poco (G2P1, párrafo 175).

Aunque como ha relatado acerca de su concepción de masculinidad propia y de su gestión emocional, eso no ha hecho que le defina, aunque en ocasiones le pueda afectar. Finalmente, destacan enseñanzas emocionales de otro calibre, y aunque se hayan comentado muchas en la gestión emocional, aquí comentamos brevemente sobre la empatía. Destacan que pese a las enseñanzas que contradicen la masculinidad, que fomentan la empatía, también hay que ser críticos y saber cómo y con quién sentir empatía, para no sentir que se aprovechan de uno:

Claro, pero ver también aquí quién es merecedor de esa empatía, ¿no? [...] muchas veces hemos dejado que gente nos pise encima únicamente por nosotros querer mantener el estándar de la imagen que las demás personas creen que tenemos nosotros (G2P2, párrafo 198).

4.7. Hacia El Cambio

En diversas ocasiones, provocado o por el devenir de la conversación, se habló del cambio de la masculinidad hegemónica. Ambos grupos de forma general entienden una necesidad por el cambio, pero además dan cuenta de que este ya se ha estado dando, y que simplemente hay que enfocarse hacia él: “tenemos que cambiarlo básicamente, pienso que

aunque dicen que no cambia, la sociedad cambia mucho” (G1P5, párrafo 23). De todas formas, si bien ambos optan por el cambio, su forma de verlo sí que difiere drásticamente, por lo que pasamos a comentarlo.

En el primer grupo, hay algunas posturas que indican indudablemente el cambio, mientras que otras se declaran dubitativas al respecto de hasta qué punto se debería cambiar. En consonancia con la detección de ganancias, estas posturas expresan que tampoco es cuestión de perder aquello positivo que han extraído: “La verdad es que es obvio que algunas cosas tienen que cambiar, pero ¿qué cosas son? ¿a qué nivel se tienen que cambiar? [...] ¿hasta qué punto? ¿qué se considera bien, qué se considera mal?” (G1P2, párrafo 203). Y aquí puede surgir la obvia interpretación de que ante unos privilegios, ¿quién querría cambiar?, como así sugiere EP1 en sus aportaciones: “no nos engañemos, a nadie le gusta abandonar los privilegios” (EP1, párrafo 34), sin embargo, creo que no es a eso a lo que se referían esas posturas, sino a unas ganancias que han conseguido extraer de los costes sufridos.

Una vez nos adentramos más de lleno, surgen algunas orientaciones transformadoras, que pese a básicas, son totalmente necesarias. Como forma general de verlo, parece haber un acuerdo, así como se ha hablado incansablemente desde el campo académico, que la esperanza de construir un cambio está en la educación de las nuevas generaciones: “pienso yo que eso se tendría que hacer con niños, ¿no? Porque la educación esa, el cambio, se le tiene que dar a un niño, o sea, para que vaya creciendo según otros dogmas, o sea, otros ideales.” (G1P4, párrafo 210), y que claramente, el cambio en adultos es más difícil:

a los niños directamente construyes, ¿no? No tienen... o sea, tienen a lo mejor valores que están empezando o lo que sea, pero bueno, tú tienes que destruir los valores que ya tuvieses, en caso de que sean contrarios, y construir sobre lo nuevo, entonces sí que es verdad que es mucho más complicado (G1P1, párrafo 219).

Sin embargo, aun dándose cuenta de esa dificultad, surge una idea acerca del cambio en la adultez, donde hablaríamos de una corrección de actitudes incorrectas a su alrededor:

Y sobre todo yo creo que hay que ser valiente con los que tienes a tu alrededor, que continúa habiendo mucho obcecado y mucha gente que parece que lleva las orejeras del burro y no quiere cambiar, entonces cuando ves una actitud que no es la que tendría que ser, denunciarlo: “oye tú, ¿de qué vas?” Aunque te busques un problema pero... (G1P5, párrafo 199).

Se revela como una acción un tanto tardía: “posicionarse activamente contra o frente a los machismos cotidianos, a mí esto me parece que todo el mundo debería estar haciendo ya...” (EP2, párrafo 56), pero que cuanto antes se extienda, mayores rupturas se crearán.

En el segundo grupo, el cambio pisa fuerte y apuestan o bien por una ruptura de los constructos de hombre y masculinidad: “entonces, mi pregunta no es si podemos reformar la masculinidad como idea, o reformular la hombría, sino ¿El concepto mismo tiene sentido?” (G2P2, párrafo 48), o bien por la difuminación de las fronteras binarias: “no creo que sea tanto como derrumbar el concepto de la masculinidad y de la feminidad en su contraparte hegemónica, sino borrar muchísimo las fronteras, o sea, porque hay un espectro en medio” (G2P3, párrafo 47).

Aunque la perspectiva del cambio es bastante diferente a la del otro grupo, al final, como cabe esperar, de nuevo surge la idea de este cambio a través de la educación, a través de la construcción de cero:

pero yo creo que, si desde pequeños a la gente se le empieza a educar con que tú puedes hacer lo que te dé la gana y sin tener que querer meterte en una caja, simplemente no hay caja, tú coges de lo que hay, coges lo que te dé la gana y lo metes en tu propia caja, porque cada individuo es una caja, no hay una caja para el hombre, una caja para la mujer, ¿me explico? (G2P1, párrafo 57).

Además, de forma diferente, también surge la idea de la corrección, en este caso vinculada a la cuestión de la educación y a la esperanza en las nuevas generaciones: “y también, de alguna manera, hacerle entender a las generaciones que ya pasaron que... “eh... *please*, ya pasó tu tiempo”” (G2P3, párrafo 212). Hacen entender que no es momento para que esas generaciones quieran anclar a los demás en ideales del pasado.

Todo ello le acompaña la certeza de que no es algo fácil, de que esta retórica es si no imposible, muy lenta: “Ahora, es una cuestión tan metafísica y tan abstracta, y además que es duro que sea practicable o por lo menos que no sea posible actualmente, pero sí que creo que esas ideas deberían contemplarse...” (G2P2, párrafo 50). Además, es una cuestión de disposición y de voluntad: “Sí, [se puede cambiar] lo que pasa es que no se quiere, pero poder se puede, falta que se quiera, y hay que empezar a que la gente quiera.” (G2P1, párrafo 207), y también de que permitamos y ayudemos a que sea posible: “en última instancia no creo que sea una cosa de no querer cambiar, sino de que no se han dado la oportunidad de cambiar” (G2P2, párrafo 71). Como expresa este mismo participante, quizá no saben que necesitan un

cambio o cómo, pero muchas veces nosotros mismos no sabemos escuchar las señales que nos piden ayuda: “deberíamos también interrogar cuántas veces, o sea yo incluido, cuántas veces ignoramos esos pequeños gritos de ayuda” (G2P2, párrafo 71).

Finalmente, ambos grupos, incluyendo también a los dos entrevistados, han aportado más detalles y apuntes sobre el cambio, y sobre todo de cómo aplicarlo, cuestiones que veremos plasmadas en las pautas que siguen a continuación.

5. Pautas Para Una Intervención Educativa En Adultos

Si por un punto podemos comenzar, es por declarar y aceptar que el terreno de las emociones, sea en la masculinidad o fuera de ella, es un terreno complejo para el ser humano, y que por ende, adentrarnos en la educación emocional también es complejo y delicado, “cuando estamos hablando de educación emocional no estamos hablando de conceptos ni estamos hablando de cuestiones que se puedan leer en un libro” (EP2, párrafo 56). Sin embargo, eso no quiere decir que abandonemos la idea de trabajar con ellas desde el ámbito educativo, ya que si todos tenemos emociones, aunque se nos haya hecho creer a los hombres que no, todos podemos ser partícipes de ello con las herramientas adecuadas.

El siguiente punto entonces, al son de esto último, es que habría que desafiar la idea de que todo cambio social es irremediamente responsabilidad de la educación de las nuevas generaciones. Respaldo que es un pilar del cambio social, ¿pero debemos abandonar toda esperanza en las demás generaciones? Yo considero que existen dos razones por las que trabajar con adultos: 1) somos el centro y presente de una sociedad que necesita cambios, y 2) somos los agentes socializadores/educadores de las siguientes generaciones; ¿Cómo vamos a orquestar un cambio a futuro si ni siquiera nuestro presente tiene las herramientas necesarias? Por ello justifico que debería haber más iniciativas en educación emocional, claramente desde una perspectiva igualitaria, para que todos, y en especial los hombres, puedan, desde una ‘pedagogía incómoda’ (Boler, 1999), abrir heridas, sanarlas y no reproducirlas.

Desde este estudio, de forma participativa, encontramos unas necesidades que nacen de las propias identidades y vivencias masculinas. Rescatando esas contribuciones, encontramos pautas variadas que refieren al quién y al dónde de esta posible intervención, al cómo y al contenido que podría tener, y también una serie de cuestiones metodológicas y de base. A continuación las exponemos y hablamos de ellas.

5.1. Con Quién y Dónde

Existe una dificultad, inherente a la propia masculinidad hegemónica, para encontrar hombres dispuestos a empezar a cuestionarse, yo mismo he dado cuenta de este hecho mediante esta investigación. Entonces, si bien hay que tener en cuenta lo que se hablaba acerca del cambio en el análisis, de no pasar por alto a esas identidades que no saben que necesitan ese cambio, parece que no queda otra que empezar por las que verdaderamente están dispuestas: “muchas veces creo que no es tanto de convencer a la gente que no quiere ser convencida” (G2P2, párrafo 214).

Cuando se ha hablado sobre grupos objetivo o de en qué espacios realizar estas intervenciones, aunque hacían referencia a esa pretensión de calar en la educación reglada, realmente se mostraba que es necesario deconstruir en los agentes socializadores para que construyan de una forma diferente. De ahí es que surgen ideas como las siguientes:

Escuela de padres y familias. Esta idea surge en el primer grupo justo como complemento o sustitución a esas intervenciones puntuales con niños:

Yo creo que eso también hay que hacer a los padres antes de a los niños, porque por mucho que tú se lo digas a un niño que tiene siete años, se lo dices una vez al año, pero si sus padres le tratan de otra manera durante todo el año, pues eso al final no hace nada (G1P2, párrafo 213).

Se muestra como una idea interesante porque pretende introducir la educación emocional, vinculada a una educación por la igualdad, en hombres con una capacidad de alcance mayor, ya que son transmisores directos de valores para con sus hijos. En este sentido, y con la misma idea del alcance en mente, uno de los entrevistados recurre a la siguiente fuente de socialización.

Formación del profesorado y universidades. En este caso, vinculando esa escuela de padres con su defensa de la actuación en escuelas e institutos, también habla de una formación directamente relacionada con la educación reglada pero a través de adultos:

si somos capaces de que todos los profes y todas las profes pasen por un proceso formativo serio, no un taller, que cuestionen pues sus metodologías, sus contenidos, sus propias actitudes ante la diversidad sexual, ante lo no hegemónico, ante etc., tendrán mucha capacidad de impacto y generación, (EP2, párrafo 56).

Por tanto, como parece determinar el calificativo ‘serio’, con esta postura se apuesta por un cambio a nivel estructural, en el mismo sistema educativo y en la forma en que son preparados los educadores, pues posee un alcance y capacidad de escala definitivamente mayor. En contraposición, EP1 considera, sin abandonar la importancia del alcance, que se necesita una perspectiva más ‘de barro’, sencilla, y donde los resultados sean fácilmente medibles, con la intención de progresar en base a beneficios sólidos: “son sencillas, directas, pero muy de trincheras, y donde se pueden medir los resultados con cierta facilidad” (EP1, párrafo 54).

5.2. Contenido y Forma

El contenido y la forma de estas intervenciones son las facetas que más ideas han recibido, y en este caso, han tomado mayor protagonismo las aportaciones del segundo grupo y de los profesionales entrevistados. Antes de exponer esas ideas, también me gustaría sacar a relucir una advertencia que surge de ese pensamiento del cambio:

Es un proceso largo el reeducar a una persona que ha estado condicionada durante toda su vida a unos sistemas teóricos y de género y sociales, es muy fuerte porque eso está muy enraizado en la persona, y muchas veces, si no se presenta bien, esa persona le puede dar un conflicto personal y de identidad muy bestia (G2P2, párrafo 268).

Sobre todo en lo que respecta a estas facetas, tenemos que tener siempre en cuenta que son terrenos delicados, y que podemos hacer más daño si no lo tratamos como es debido. Teniendo esa idea como una de las vértebras de una intervención emocional, hay otras ideas que nos pueden servir, y en este caso vamos a dividir las en contenido y forma.

Primeramente, en cuanto a contenido:

Buscar la realización personal, no sólo la practicidad. Con esto, EP2 nos expone una crítica hacia la forma en la que los hombres heterosexuales buscan cambiar su masculinidad, muy vinculada a la pareja y a la paternidad. Ante eso, ambos entrevistados apuestan por incluir en los contenidos una visión más crítica, donde se empiecen a cuestionar el machismo, la lgtbifobia y todas estas cargas patriarcales, para poder no sólo cambiar sus actitudes y comportamientos sociales y para con otras/os/es, sino como beneficio personal suyo, acudiendo al escritor Christo Casas, EP2 nos ilumina de la siguiente forma: “lo que tiene lo marica de bueno es que si todas las personas, en concreto si los hombres heterosexuales fuesen un poco más maricas, todo iría un poco mejor” (EP2, párrafo 56).

Referentes y la visibilidad. En la cuestión de los referentes, se habla de los referentes como importancia en términos de visibilidad:

si yo de pequeño hubiera tenido en mi clase más visibilidad de lo que hay, de lo que existe, [...], yo no estaría donde estoy ahora, o sea, no habría tardado, por lo menos, estaría donde estoy, pero no habría tardado tanto o lo habría normalizado muchísimo más (G2P1, párrafos 220 y 222).

Ya que los hombres no tenemos esos referentes tan presentes, ni en la paternidad ni en la esfera pública, se trata de abrir esa posibilidad, y:

Presentarle a las infancias y a las adolescencias [y a los adultos, añadido yo] otros modelos de masculinidad y al mismo tiempo presentar, explicarles y hacer ver y hacer comprender también desde lo emocional que caminar hacia ellos no les va a hacer perder valor (EP2, párrafo 56).

Posicionamiento activo contra las actitudes patriarcales. También se puede añadir en las intervenciones un fomento de esa actitud de renuncia hablada, enseñando que esos comentarios o comportamientos no se deben tampoco permitir en otros, y que una crítica bien expuesta puede ser fructífera. Aquí se podría enseñar claves de cómo hacerlo, y practicar de una forma teatralizada.

Seguidamente, hablando de la forma:

Combinación de un interés con enseñanzas emocionales. En esta idea interviene encontrar alguna actividad en la que puedan estar interesados los hombres, e introducir enseñanzas a medida que se desarrolla la actividad: “no mentirles, pero sí diseñar tal vez la actividad en torno a algo que les interese, e incluirle los elementos de enseñanza emocional a esa actividad” (G2P3, párrafo 259). Se trata de emular las enseñanzas que se hacen con los niños pequeños, con una explicación detallada y enseñanzas ocultas, pero sin llegar al paternalismo.

Productos audiovisuales y visualización crítica. Este método se ha expresado de forma variada por EP1: “Me parecen muy interesante vídeos, documentales, donde se pueden ver reflejados y creo que es muy interesante trabajar con sus referentes, sobre todo porque en general consumen mucha mierda” (EP1, párrafo 60). El último sería el más interesante, pues consistiría en ver contenido consumido por estos o conocido, donde puedan cuestionarlo de una forma más personal y cercana.

Grupos de apoyo y apertura experiencial. En este sentido, los participantes de este grupo creen que no es necesaria una intervención demasiado complicada, y que para estos temas es mejor una intervención parecida a los grupos de apoyo o “terapias” grupales, donde compartir y ser escuchado, y donde conectar con sentimientos y con el pasado: “una dinámica así como hablar de tú a tú” (G2P1, párrafo 242). Debe ser una intervención que no se base tanto en conocimientos y conceptos, sino en las propias emociones: “si lo presentas con un lenguaje increíblemente técnico y tal, pues la gente no lo va a entender, entonces uno tiene que muchas veces apelar al corazón” (G2P2, párrafo 252). Volviendo a la primera idea de este apartado, EP1 piensa que con estas intervenciones se debería usar el ‘dolor’ como guía, que empiecen abriendo la herida y la entiendan con todas sus consecuencias, sin caer en el victimismo pero tampoco señalando culpables: “el que se sientan comprendidos y que vean que no vas con el dedo acusador abre puertas” (EP1, párrafo 58), cosa que permitirá posteriormente entender el dolor que emanan hacia fuera con su masculinidad.

Facilitación de grupos y resolución de conflictos. Esta es una herramienta usada por EP2 en su ámbito de trabajo, y pretende dar herramientas que luego se puedan seguir usando en otros contextos. A través de la creación de grupos o la mediación en grupos ya consolidados, esta herramienta, mediante unas nociones en resolución de conflictos, trata de resolver problemáticas emergentes donde lo emocional es un gran protagonista. Con esta herramienta no se ataja directamente la educación emocional, sino que en el clima de temáticas muy variopintas, los profesionales son capaces de plantar esas semillitas de gestión emocional a la vez que ‘abren melones’. Para ello es necesario una formación que permita al mediador coger los conflictos, manejarlos y dar las herramientas para solventarlos por ellos mismos, hay que recurrir al acompañamiento: “sobre todo lo que necesitan es de mucho acompañamiento de profesionales formadas en gestión de grupos y en gestión de conflictos y que sean capaces de acompañar desde ahí” (EP2, párrafo 66). Básicamente, con esto se les puede dar, a hombres en muy variados contextos, alternativas para afrontar sus problemáticas, huyendo de la combinación rabia-violencia.

5.3. Cuestiones Metodológicas

Estas cuestiones son abordadas mayormente por el segundo entrevistado, pues son cuestiones que detecta carentes en su ámbito de trabajo:

Procesos a largo plazo. De nuevo se separa de la perspectiva del otro entrevistado, y declara que es necesario que estos proyectos se planteen a largo plazo y con duración, pues no

vale con acciones puntuales que se queden en la nada, es cuestión de incidir e inculcar enseñanzas y valores que permanezcan: “para trabajarlos no vale con algo puntual, sino que tiene que ser más un proyecto de centro a largo plazo, ya no digo curso escolar, sino a tres años, a cinco años, etcétera” (EP2, párrafo 72).

Evaluación como marca de garantía y herramienta de mejora progresiva. Esta cuestión la declara como una de las principales en cuanto a credibilidad, avance y progreso. En primer lugar, como uso esencial de la evaluación, una evaluación con rigor nos permite internamente saber el impacto y la eficacia de lo que estamos haciendo y de cómo lo estamos haciendo, lo que nos proporciona la oportunidad de mejorar y avanzar en nuestro propósito. En segundo lugar, y es aquí donde hace hincapié este entrevistado, el medir el impacto no sólo nos es útil internamente, sino que es una manera incontestable de vender, demostrar y convencer de que lo que se pretende hacer, tiene unos resultados y un impacto, abriendo así puertas para la intervención:

va a ser la única manera que tengamos de venderlos, de ir a algún sitio y decir “mira, lo que nosotros hacemos, además de bonito y de que somos majísimas y que nuestro proyecto luego va a ser chulísimo y lo vamos a contar así, tiene estos resultados” (EP2, párrafo 72).

Finalmente, este profesional detecta, y esta cuestión rodea a todas las demás y posiblemente sea la causante de la mayor parte de atrasos en esta materia y otras de carácter social, una falta de recursos y la reticencia a invertir, lo que provoca que cuestiones como las anteriores y otras no puedan darse, no obstante vemos como esas mismas cuestiones metodológicas son claves a la hora de abrir el grifo de los recursos, con lo que hay que buscar el equilibrio oportuno para agrietar esa reticencia.

6. Conclusiones

Desde un punto de vista personal y sociológico, desde hace ya unos años que ronda mi mente y me preocupa el hecho de que los hombres, y entre ellos me incluyo, tengan una relación tan problemática con el espectro emocional, eso me ha orientado a interesarme por este tema y explorarlo, y con mis mejores intenciones, aportar algo en el camino de mejorarlo. De ese interés nacen los dos objetivos generales que me planteo, uno de corte analítico y el otro de corte práctico, los cuales poco a poco, con la introducción al conocimiento sobre la temática, se ramificaron en los objetivos específicos.

Adentrándonos en la literatura, en una concienzuda búsqueda por los teóricos y teóricas, recogimos diferentes ideas sobre el constructo de la masculinidad, y sobre todo, sobre la construcción que se lleva a cabo en una específica masculinidad, la hegemónica (Connell, 2015). Rondamos entre una serie de ‘mandatos’ (Ramírez Rodríguez, 2020b) que nos aportan diferentes autores, pero acabamos por centrarnos en aquel que guía gran parte de la construcción masculina: la huida de la feminidad (Kimmel, 1997). Siguiendo esa inmersión teórica topamos con un concepto que, entre otras cuestiones, abre la puerta hacia la emocionalidad masculina: los costes de la masculinidad (Messner, 1997; Kaufman, 1997). Con la construcción emocional volvemos a topar con la diferenciación y huida de la feminidad, abordamos el funcionamiento de la socialización, en sus diversas etapas, para acabar con una serie de consecuencias que brotan de la necesidad de proporcionar un escape al dolor. Acabamos este abordaje teórico rescatando a las otras masculinidades y explorando las posibilidades que existen en ellas para desbloquear ese registro emocional y como ello puede influir en el terreno de la igualdad.

Los objetivos planteados, atravesados por esa sólida nueva base teórica, se tradujeron en el planteamiento de una metodología específica, que por desgracia acabó truncándose con el devenir de la investigación. La metodología ideal planteada consistía, en la fase de diagnóstico, en la elaboración de cuatro grupos de discusión, planteados mediante el cruce de dos variables: orientación sexual y edad (en dos generaciones), además de atender a una idealidad de entre 5 y 9 personas por grupo; posteriormente, la fase de devolución creativa planteaba una o dos entrevistas a profesionales y el diseño de una intervención a raíz de las aportaciones y la visión experta de ese o esos profesional/es. Desde el primer momento se nos presentaron una serie de dificultades que hicieron alterar esa primera metodología, en primer lugar, se estuvo insistentemente contactando con personas, asociaciones, etc., y haciendo un trabajo de difusión que no parecía obtener mucho resultado, la disposición era muy baja, cosa que cabía esperar ya que tratamos con un tema tabú, o casi, para muchas identidades masculinas. Eso, unido a posteriores problemas de disponibilidad y tiempos ajustados, hizo que bajara la participación un poco más, pasando de 5 en el primer grupo y 7 en el segundo, a 5 y 3 respectivamente. También por cuestiones de limitación de tiempo, y por una decisión consciente de dar cabida a todo el discurso extraído, se decidió pasar de ese primer diseño de intervención a unas pautas que la podrían guiar, cosa que se ajustaría más en tiempo y palabras a la limitación que teníamos. Finalmente, a pesar de esos obstáculos, la información recogida

a través de los grupos de discusión y entrevistados fue extensa y muy fructífera, también razón por la cual se decidió alterar la idea sobre la devolución creativa.

El análisis ha arrojado información sobre su concepción de la masculinidad hegemónica y sobre la semejanza o diferencia entre esa y su propia masculinidad, se ha hablado también de los costes, e incluso de las ganancias extraídas de ellos. Más de lleno en lo emocional se ha tocado la diferencia percibida entre la propia y la emocionalidad femenina, lo que da pie al relato sobre la propia gestión de las emociones, y echamos la vista atrás para buscar acerca de su socialización. Finalmente, en contraste con los relatos del presente y el pasado, se discute acerca del cambio y, a petición de la investigación, se especifican ideas y estrategias para su aplicación, usadas luego en la devolución creativa.

Los resultados nos dan luz sobre muy diversas cuestiones, y en especial vamos a comentar algunas que podrían ser de interés. En la concepción de la masculinidad, si bien la mayoría la entiende como una construcción social, cabe decir que hay un participante que introduce una perspectiva sociobiológica insertando la masculinidad en una posición intermedia entre construcción e instinto primitivo. En cuanto a una visión personal, podemos comprobar que tanto en la totalidad de la masculinidad, como en lo que refiere a emociones, el grupo no heterosexual expresa adoptar, aunque haya escepticismo, unas construcciones relevantemente distintas, presumiblemente porque su disidencia les ha obligado a socializarse de forma distinta, a contracorriente de una masculinidad sexista y lgtbfoba. Si hablamos del grupo heterosexual, primeramente podemos decir que no todos se orientan hacia la hegemonía igual, y que las razones por las que puedan alejarse de ella con mayor facilidad provienen de una mayor inclusividad en la socialización primaria, por su relación con una pareja mujer o incluso por la voluntad de una paternidad más sana. Otro punto interesante, es que cuando se habla de los costes, en contraposición no se habla de los privilegios, sino de las ganancias que han podido extraer de los costes sufridos, eso indica una forma de resiliencia ante una construcción social que les daña, pudiendo llegar a sobrellevar esos costes. En la gestión emocional podríamos recalcar aquella que se adopta en el segundo grupo, mediante el uso de herramientas de liberación y conversión emocional, lo que les vincula estrechamente con el arte. Y un último apunte, sobre el cambio, es que es observado de formas distintas, mientras que el grupo heterosexual opta por un equilibrio entre mantener y transformar los mandatos, el otro grupo nos habla de una destrucción o difuminación de los mismos constructos, a lo que yo podría aportar que si bien la segunda perspectiva es aquella a la que muchos en el campo aspiramos, la primera es un tanto más realista y, por ahora, más realizable.

Gracias al sentido participativo de la investigación, resultando en una diversidad de aportes cara a una posible intervención, se ha podido ofrecer una devolución creativa que si bien no era la original, nos orienta hacia esa potencial intervención, además de que ha servido para no abandonar esa pretensión que se plasma en el segundo objetivo. Estas pautas han sido muy variadas, porque así lo han sido las ideas recogidas, y han derivado en unas tres facetas: con quién y dónde, el contenido y la forma, y cuestiones metodológicas. Creo que son reflejos y necesidades muy acertadas con respecto a su realidad vivida y a la imagen que desde la literatura se muestra, y con cierta humildad, considero que sí pueden ser apuntes útiles de cara a una intervención.

En conclusión, se puede decir que se han logrado todos los objetivos. En el análisis emocional, que ya era en sí un objetivo, hemos conseguido encontrar las cercanías y lejanías con respecto a la hegemonía, hemos indagado sobre la socialización pasada y actual, y hemos comprobado hasta qué punto se sienten conformes con todo ello. Por otro lado, en la proposición de una devolución creativa, además de conseguir aportarla, hemos hecho caso de las contribuciones tanto de los participantes como de los profesionales. No obstante, debo admitir que mi trabajo presenta una serie de limitaciones y cuestiones que mejorar. Sin obviar las decisiones metodológicas que se han tenido que tomar, creo que es necesaria una mayor muestra donde obtener otras posibles perspectivas, y que aunque no se contemplaba llevar a cabo la intervención, se debería haber devuelto los resultados, analíticos y creativos, a los participantes para que pudieran dar su realimentación. A futuro, considero que se podría retomar esta pretensión práctica y no sólo intervenir en base a las pautas elaboradas, sino enmarcarlo en esa metodología ideal cercana a la IAP.

Como colofón a estas páginas, estoy seguro de que el cambio hacia una masculinidad es una posibilidad no tan lejana como podríamos llegar a pensar, pues ya observamos muchos indicios de repulsión sobre esa masculinidad hegemónica, sin embargo, es necesario encontrar la forma de introducir la incomodidad del cambio en unas identidades que repelen la ayuda, y espero que con esta y semejantes contribuciones podamos caminar hacia ello.

7. Bibliografía

- American Psychological Association (04/19/2018). Alexythimia. En el *APA Dictionary of Psychology*. Recuperado de: <https://dictionary.apa.org/alexithymia>
- Armengol, J.M. (2013). The politics of masculinity and/as emotion. Walt Whitman's celebration of male intimacy in the first person. *Revista Canaria de Estudios Ingleses*, 66 (pág. 73-86). Recuperado de: https://riull.ull.es/xmlui/bitstream/handle/915/2496/RCEI_66_%28%202013%29_07.pdf?sequence=5&isAllowed=y
- Artaza Varela, C. (2018). Las emociones masculinas como territorios en disputa. En Enríquez Rosas, R. y López Sánchez, O. (Coord.) *Masculinidades, Familias y Comunidades Afectivas (1era ed.)*, ITESO, (pág. 19-40) Recuperado de: <https://doi.org/10.2307/j.ctvdmx0b6>
- Badinter, E. (1993). *XY, La identidad masculina*. Alianza Editorial: Madrid, España.
- Baglione, Florencia Graciela y Arias, Silvina Andrea (2020). ¿Qué lugar ocupan las emociones en las nuevas masculinidades? análisis de un grupo de varones transicionales e innovadores. *XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Bard Widgor, G. (2016). Aferrarse o soltar privilegios de género: sobre masculinidades hegemónicas y disidentes. *Península, Vol. XI (2)* (pág. 101-122). Recuperado de: <https://doi.org/10.1016/j.pnsla.2016.08.003>
- Berger, P.L. y Luckmann, T. (2001). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Berke, D., Reidy, D. & Zeichner, A. (2018). Masculinity, emotion regulation, and psychopathology: A critical review and integrated model. *Clinical Psychology Review, Vol. 66* (pág. 106-116). Recuperado de: <https://doi.org/10.1016/j.cpr.2018.01.004>

- Bonino, L. (2002). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers feministes* (6). *Masculinitats: Mites, de/construccions i mascarades* (pág. 7-36). Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.6035/DossiersF>
- Bourdieu, P. (1998) *La dominación masculina*. Anagrama: Barcelona, España.
- Cabezas, A. y Berná, D. (2013). Cuerpos, espacios y violencias en los regímenes biopolíticos de la Modernidad. De maricas y homosexuales habitando “lo femenino”. *Política y Sociedad*, Vol.50 (3) (pág. 771-802). Recuperado de: https://doi.org/10.5209/rev_POSO.2013.v50.n3.41970
- Christov Moore, L., Simpson, E., Coudé, G., Grigaityte, K. Lacoboni, M. y Francesco Ferrari, P. (2014). Empathy: Gender effects in brain and behavior. *Neuroscience & Biobehavioral Reviews*, Vol. 46 (4) (pág. 604-627). Recuperado de: <https://doi.org/10.1016/j.neubiorev.2014.09.001>
- Connell, R. (2015). *Masculinidades*. UAMX: México. Recuperado de: <http://www.eme.cl/wp-content/uploads/2015-connell-masculinidades.pdf>
- Corbetta, P. (2007). *Metodología y técnicas de investigación social* (Edición revisada). McGraw-Hill. Recuperado de: <https://idoc.pub/download/corbetta-piergiorgio-metodologia-y-tecnicas-de-investigacion-cualitativa2pdf-vlr00ow02v1z>
- de Boise S. & Hearn J. (2017). Are men getting more emotional? Critical sociological perspectives on men, masculinities and emotions. *Sociological Review*, 65 (4) (pág. 779-796).
- de Boise, S. (2015). Boys Don't Cry? Men, Masculinity and Emotions. *Men, Masculinity, Music and Emotions*. Palgrave Macmillan: London. Recuperado de: https://doi.org/10.1057/9781137436092_3
- Emslie, C., Ridge, D., Ziebland, S., & Hunt, K. (2006). Men's accounts of depression: reconstructing or resisting hegemonic masculinity?. *Social science & medicine* (1982), Vol. 62 (9), (pág. 2246–2257). Recuperado de: <https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2005.10.017>
- Gough, B. (2018). *Contemporary Masculinities. Embodiment, Emotion and Wellbeing*. Palgrave Pivot Cham. Recuperado de: <https://doi.org/10.1007/978-3-319-78819-7>

- Halloway, K. (2017). La Masculinidad Está Matando A Los Hombres: La Construcción Del Hombre Y Su Desarraigo. En *No Nacemos Machos. Cinco Ensayos para Repensar el Ser Hombre en el Patriarcado* (pág. 31-46) Ciudad de México: Ediciones La Social.
- Kaufman, M. (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los Hombres. En Valdés, T. y Olavarría, J. (Eds) *Masculinidad/es. Poder y crisis*, ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres, n° 24, (pág. 63-81).
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En Valdés, T. y Olavarría, J. (Eds) *Masculinidad/es. Poder y crisis*, ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres, n° 24, (pág. 49-62).
- Mandal, E. (2007). Emotions of women and men -similarities - differences - development. *The New Educational Review*, Vol. 12 (2) (pág. 169-183).
- Martínez Munguía, C. (2013). Masculinidad hegemónica y expresividad emocional de hombres jóvenes. *Los Hombres en México. Veredas recorridas y por andar (1era ed.)* (pág. 177- 201). Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/269096971_Masculinidad_hegemonica_y_expresividad_emocional_de_hombres_jovenes
- McMahon, J., Tiernan, J. & Moane, G. (2020). Differences in gay and heterosexual men's emotional restriction through their femininity: an Irish study. *Journal of Gender Studies*, Vol. 29 (4), (pág. 457-469). Recuperado de: <https://doi.org/10.1080/09589236.2020.1724084>
- Navarro Ceja, N., Torres Velázquez, L.E., Plancarte Cansino, P.A., Nabor Govea, M. (2022). ¿Hombres invencibles? Hablemos de desventajas. *Revista Digital Internacional de Psicología y Ciencia Social*, Vol. 8 (1) (pág. 1-21) Recuperado de: <https://doi.org/10.22402/j.rdipycs.unam.e.8.01.2022.389>
- Navarro Lashayas, M.A., Gandarias Goikoetxea, I. y Troya Ruiz, N. (2023). ¿Reforma o Ruptura de la Masculinidad Hegemónica? Un Análisis Crítico de los Elementos Centrales de Transformación de las Masculinidades. *Masculinities and Social Change*, Vol. 12 (1) (pág. 49-72). Recuperado de: <https://doi.org/10.17583/MCS.2023.10225>

- Oransky, M. & Marecek, J. (2009). "I'm Not Going to Be a Girl". Masculinity and Emotions in Boys' Friendships and Peer Groups. *Journal of Adolescent Research*, Vol. 24 (2) (pág. 218-241). Recuperado de: <https://doi.org/10.1177/0743558408329951>
- Otegui, R. (1999). La construcción social de las masculinidades. *Política y Sociedad*, Vol. 32 (pág. 151-160). Recuperado de: <https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO9999330151A>
- Pease, B. (2012). The politics of gendered emotions: disrupting men's emotional investment in privilege. *Australian Journal of Social Issues*, Vol. 47 (1). Recuperado de: <https://doi.org/10.1002/j.1839-4655.2012.tb00238.x>
- Porto, L. & Ruiz, J.A. (2014). Los grupos de discusión. En K. Sáenz & G. Támez, *Métodos y técnicas cualitativas y cuantitativas* (pág. 253-273). México D.F., México: Tirant Humanidades.
- Ramírez Rodríguez, J.C. (2013). Masculinidad y emociones. Una aproximación a su construcción social. En ALAS (Ed.), Acta Científica XXIX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, 2013. Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/308796528_Masculinidad_y_emociones_Una_aproximacion_a_su_construccion_social
- Ramírez Rodríguez, J.C. (2020a). Algunos elementos para el debate sobre la intersección entre masculinidad y emociones. En Ramírez Rodríguez, J.C. (Coord.) *Hombres, masculinidades, emociones*. (pág. 15-46). Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/351231629_Hombres_masculinidades_emociones
- Ramírez Rodríguez, J.C. (2020b). Mandatos de masculinidad y emociones ¿dispositivos para la acción? En Martín Cabello, A., García Manso, A., Anta Félez, J.L. (Coord.), *II Congreso Internacional de Estudios Culturales Interdisciplinarios: culturas locales, culturas globales 2020* (pág. 93-101). Recuperado de: https://www.icsc.es/wp-content/uploads/2020/05/CIECI_2020.pdf
- Salazar, O. (2018). *El hombre que no deberíamos ser*. Barcelona: Planeta.

- Salguero Velázquez, M.A. (2018). Emociones y masculinidades: vivencia y significado en los varones. En *Masculinidades, familias y comunidades afectivas (1era ed.)*. ITESO. (pág. 73-91). Recuperado de: <https://doi.org/10.2307/j.ctvdmx0b6.6>
- Sandoval Zapata, K. (2014). Del dicho al hecho... Las ideologías de género que sustentan las masculinidades hegemónicas. En *La manzana de la discordia, Vol. 9 (2)* (pág. 57-73).
- Segal, L. (1993). Changing Men: Masculinities in Context. *Theory and Society*, 22(5), (pág. 625–641). Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/657987>
- Vigil, J. (2009). A socio-relational framework of sex differences in the expression of emotion. *Behavioral and Brain Sciences*, Vol. 32 (5), (pág. 375-390). Recuperado de: <https://doi.org/10.1017/S0140525X09991075>
- West, C. y Zimmerman, D.H. (1987). Doing gender. *Gender and Society, Vol.1 (2)* (pág. 125-151). <http://www.jstor.org/stable/189945>

8. Anexos

Anexo I: Documento de Consentimiento

DOCUMENTO INFORMATIVO

En el marco de la realización del Trabajo de Fin de Máster (TFM), del Máster universitario en Políticas Sociales e Intervención Sociocomunitaria (Universidade da Coruña), se va a realizar una investigación que requiere la realización de grupos de discusión (entrevistas grupales) para recabar información sobre la problemática escogida. En este caso, se pretende indagar sobre masculinidades y autocuidado.

Para los datos personales se usarán seudónimos, garantizando la debida confidencialidad, de manera que las personas participantes no podrán ser identificadas o identificables. El tratamiento de estos datos se hará conforme a lo dispuesto por la Ley Orgánica 3/2018, de 5 de diciembre, de protección de datos personales y garantía de los derechos digitales.

Se solicita vuestro permiso explícito para grabar la entrevista, en audio (en caso de ser presencial) o vídeo (para entrevistas virtuales), con la única finalidad de ayudar en la transcripción de la información. Una vez realizado, los archivos serán destruidos.

Tu participación es voluntaria. Puedes cambiar de parecer, dejar de responder la entrevista o retirar tu consentimiento en cualquier momento, sin dar explicaciones.

Puedes solicitar más información al alumno/investigador que lleva cabo este proyecto: Óscar Rico Milla (email). En caso de necesitar mayor comprobación puede ponerse en contacto con la tutora que lleva este TFM por correo electrónico: Renée DePalma Ungaro (email).

CONSENTIMIENTO INFORMADO

Yo,..... con DNI

- Recibí información sobre el proyecto y pude conversar con el alumno/investigador y aclarar todas las preguntas sobre el mismo.
- Comprendo que mi participación es voluntaria.
- Presto libremente mi conformidad para:
 - Participar en el proyecto.
 - Que se grave en audio o vídeo la entrevista.
 - Que se empleen mis datos (incluyendo citas textuales) seudonimizados, para el fin indicado.
- Solicito:
 - Acceder a los resultados de la investigación, para lo que se puede emplear el siguiente correo electrónico: _____

Fdo.: Participante

Fecha:

Anexo II: Guión Grupo de Discusión

<p>PRESENTACIÓN Y EXPLICACIÓN</p>	<p>*Saludos y agradecimiento*</p> <p>Ya os he informado a todos de lo que iban estas entrevistas, pero bueno, hago un pequeño resumen para hacer un recordatorio. Hoy vamos a hablar sobre masculinidad y la relación que tiene todo eso con las emociones y el autocuidado.</p> <p>Se que es un tema que puede ser delicado, pero:</p> <ul style="list-style-type: none"> - esta actividad es una oportunidad para compartir y aprender sobre experiencias propias y ajenas sobre ese tema. - Todas las contribuciones serán bien recibidas siempre y cuando haya respeto - Y que el grupo es una invitación a compartir, no una obligación. Cuanto más os abráis mejor, pero es únicamente decisión vuestra, vosotros decidís hasta donde contar. <p>Ahora con todo esto, podeis preguntar por alguna duda previa y si no, empezamos.</p>
<p>BLOQUE 1. Concepciones de la masculinidad</p>	<p>Primero, cuando os digo que hablamos de masculinidad, todos me entendéis, pero:</p> <ul style="list-style-type: none"> - ¿Qué entendemos por masculinidad? - ¿Creéis que hay una <i>forma específica</i> de ser hombre para la sociedad? - ¿Qué se espera de nosotros al ser hombres? <i>Elementos principales</i> - ¿Vuestra forma de masculinidad es igual a lo que espera la sociedad? ¿Cómo la definiríais entonces? O ¿en qué se diferencia?
<p>BLOQUE 2. Costes de la masculinidad y experiencia emocional</p>	<p>¿Consideráis que existe <i>algo malo</i> en esa forma de ser hombre que se nos pide? ¿la masculinidad puede tener una <i>parte negativa</i>?</p> <hr/> <p>Pequeña dinámica (verdadero o falso): De verdadero o falso, os digo las afirmaciones y las vamos comentando:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Es normal ver a hombres tener conversaciones entre ellos sobre tristeza, desesperanza, preocupación o miedo - Un hombre sufre en silencio y soluciona sus problemas solo - Es fácil para un hombre ponerse a llorar, incluso frente a otros - Los hombres normalmente tienen que mostrar más valentía <p>Todas estas situaciones referían al aspecto emocional, ¿Pensáis que los hombres sentimos o expresamos nuestros sentimientos <i>de forma distinta a las mujeres</i>? ¿en qué situaciones? ¿A qué creéis que se debe?</p> <p>¿Cómo manejáis vosotros los momentos emocionales? <i>Sobre todo los más delicados: tristeza, enfado, ansiedad, etc.</i></p> <p>¿Acudís a alguien cuando tenéis un problema o cuando os sentís mal?</p>

<p>BLOQUE 3. Socialización de género emocional</p>	<p>¿Cómo creéis que habéis aprendido a ser y comportaros así?</p> <ul style="list-style-type: none"> - Recordad en vuestra infancia, ¿vuestros padres (o quien os educara) que os enseñaban sobre las emociones? ¿Qué pasaba cuando llorabais, cuando teníais miedo o algún sentimiento similar? - ¿Consideráis que había temas o sentimientos que no os dejaban expresar? - ¿Consideráis que había temas emocionales que sólo podíais hablar con uno de vuestros padres? ¿con quién? ¿Qué temas? ¿Por qué pensáis que era así? - ¿Qué otras formas/situaciones creéis que influenciaban en vuestra forma de sentir y expresar las emociones? - ¿Creéis que hubiera sido diferente si hubierais sido chicas? ¿En qué sentido? <hr/> <ul style="list-style-type: none"> - Pasando a la adolescencia, ¿Cómo era la relación con vuestro grupo de amistades? ¿podíais expresaros con ellos/as? ¿teníais a alguien con quien hablar de vuestros problemas? ¿De qué forma abordabais/hablabais sobre esos temas? - ¿Cómo se reaccionaba a las emociones en vuestro grupo de amigos? ¿y en otros? - ¿Cómo se comportaban los grupos de chicas de vuestra edad? <hr/> <p>¿Pensáis que esas cuestiones han definido como sois <u>ahora</u>?</p> <ul style="list-style-type: none"> - ¿evitáis algunas emociones? ¿qué emociones aceptáis más? - ¿pensáis que eso tiene consecuencias en cómo os relacionáis con los demás? y, ¿en vuestro bienestar o el de los demás?
<p>BLOQUE 4. Conformidad o incomodidad: mantenimiento del <i>status quo</i> o desafío</p>	<p>En todas estas definiciones de las que hemos hablado, y todo lo compartido y reflexionado hoy acerca de las emociones, ¿creéis que algo de ello necesite cambiar o creéis que así es como debería ser? ¿Por qué?</p> <hr/> <p>Si optan por el cambio:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Primeramente, ¿creéis que se puede cambiar? - ¿Cómo creéis que se podría cambiar esa forma de ser hombre? <p>Bueno, la cosa es que yo gracias a vuestras intervenciones pretendo crear una especie de taller o actividad educativa para ayudar a conseguir unas masculinidades más sanas o más emocionales, para los propios hombres y para la gente que les rodea, ¿Cómo creéis vosotros que podría hacerse? ¿tenéis alguna idea o propuesta?</p>
<p>DESPEDIDA Y AGRADECIMIENTO</p>	<p>Y eso sería todo, ¿tenéis alguna pregunta más que hacerme o algo que comentar?</p> <p>Pues si eso es todo, hemos acabado, si habéis querido que os pase los resultados, más adelante os los mandaré, cuando ya lo tenga todo. Muchísimas gracias por acceder a compartir vuestras experiencias y espero que vaya todo bien, *Despedida y agradecimiento*</p>

Anexo III: Guión Entrevista a Profesional

<p>EXPLICACIÓN Y PRESENTACIÓN</p>	<p>*Saludos y agradecimiento*</p> <p>Bueno, lo que nada explico otra vez a que se debe esta entrevista. Para mi TFM he hecho unos grupos de discusión (entrevistas grupales) hablando de la masculinidad y las emociones, y con ello quería diseñar además un proyecto educativo, bien sea una actividad o un taller o algo así, donde se pudiera conseguir acercar las masculinidades adultas que lo necesiten al espectro emocional, con todos los beneficios que ello podría traer para sí mismos y para los demás. Entonces esta entrevista formaría parte de esa fase de diseño, ya que el propósito es hacer uso de la perspectiva profesional de expertos en el campo.</p> <p>Ahora, antes de empezar, y para que quede constancia de tu carácter profesional, ¿podrías presentarte y comentar un poco cuál es tu campo de estudio y trabajo?</p> <p>Bueno, empezaremos con la entrevista, ¿tienes alguna pregunta o duda antes de ponernos a ello?</p>
<p>REPASO DE LOS RESULTADOS DE LOS GRUPOS DE DISCUSIÓN</p>	<p>*se muestran los resultados*</p> <p>Una vez vistos estos resultados, ¿tienes alguna reflexión que hacer acerca de ellos?</p>
<p>NECESIDADES EXPRESADAS POR LOS PARTICIPANTES</p>	<p>A parte de esos resultados, los participantes también expresaron unas necesidades en cuanto al cambio y formas o estrategias para aplicarlo:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Cambios desde la enseñanza en la infancia, enfocados en la coeducación y también en la ruptura de estereotipos y roles de género - Corrección de comportamientos inapropiados entre pares/iguales - “Escuela de padres” - “Terapias” grupales donde los hombres puedan abrirse y escucharse en un entorno seguro - Talleres donde se combine algo de su interés con las enseñanzas emocionales <p>¿Cómo las percibes? ¿Estarías de acuerdo?</p>

APUNTES TEORICOS DE CARA A LA INTERVENCIÓN	De cara a una intervención con hombres adultos, ¿qué clase de apuntes teóricos o contenidos crees necesarios para trabajar las emociones en la masculinidad?
APUNTES PRÁCTICOS/TÉCNICOS DE CARA A LA INTERVENCIÓN	Y en el sentido práctico, ¿Qué herramientas, actividades o estrategias crees que serían las apropiadas para ese tipo de intervención?
DESPEDIDA Y AGRADECIMIENTO	Bueno, por mí eso sería todo, ¿tienes algo más que comentar o alguna pregunta que hacerme? Pues si eso es todo, hemos acabado, *agradecimiento y despedida*

Anexo IV: Tabla de Categorización

Categoría	Subcategoría	Color	Definición
1. Concepción de masculinidad	1.1. Masculinidad hegemónica		Referencias a un tipo de masculinidad exigida por la sociedad y sus mandatos.
	1.2. Masculinidad biológica		Referencias a una diferencia biológica o a un origen natural.
	1.3. Otras masculinidades		Adopción de masculinidades o elementos que difieren de la masculinidad hegemónica o de sus mandatos.
2. Experiencia emocional	2.1. Costes de la masculinidad		Costes/parte negativa detectada en esa forma específica de ser hombre.
	2.2. Ganancias de la masculinidad		Ganancias/parte positiva detectada en esa forma específica de ser hombre.
	2.3. Diferencia emocional con el género femenino		Expresión de diferencias entre la emocionalidad masculina y femenina.
	2.4. Gestión emocional		Toda información referida a la forma de gestionar las emociones, tanto en ellos mismos como de forma general.
	2.5. Pedir ayuda		Información sobre el enfrentamiento a los problemas, recurriendo a pedir ayuda.
	2.6. Alienación		Información sobre el enfrentamiento a los problemas,

			recurriendo al aislamiento y silenciamiento.
3. Socialización en emociones	3.1. Infancia		Aspectos sobre la socialización emocional en la etapa infantil.
	3.2. Adolescencia y grupo de pares		Aspectos sobre la socialización emocional en la etapa adolescente o pre-adulta.
	3.3. Enseñanzas en la vida adulta		Enseñanzas que están adoptando en la vida adulta y en su emocionalidad actual.
4. Conformidad o incomodidad	4.1. Mantenimiento del status quo		Expresiones de aceptación o conformidad sobre esa emocionalidad anclada a la masculinidad hegemónica.
	4.2. Desafío o cambio		Voluntad de desafiar/cambiar esa emocionalidad anclada a la masculinidad hegemónica.
5. Aplicar el cambio	5.1. Cambios en la enseñanza desde la infancia		Argumentos que indiquen la importancia de empezar el cambio en la educación desde la infancia
	5.2. Correcciones y llamadas de atención a tu alrededor		Referencias a la necesidad de corregir y llamar la atención sobre los actos no apropiados.
	5.3. Estrategias para intervenir en adultos		Todo tipo de ideas o propuestas sobre la aproximación e intervención en adultos.